

El Ruedo



2
Plas.

JAAVEDRA



«¡Más caballos...! ¡Más caballos...!»

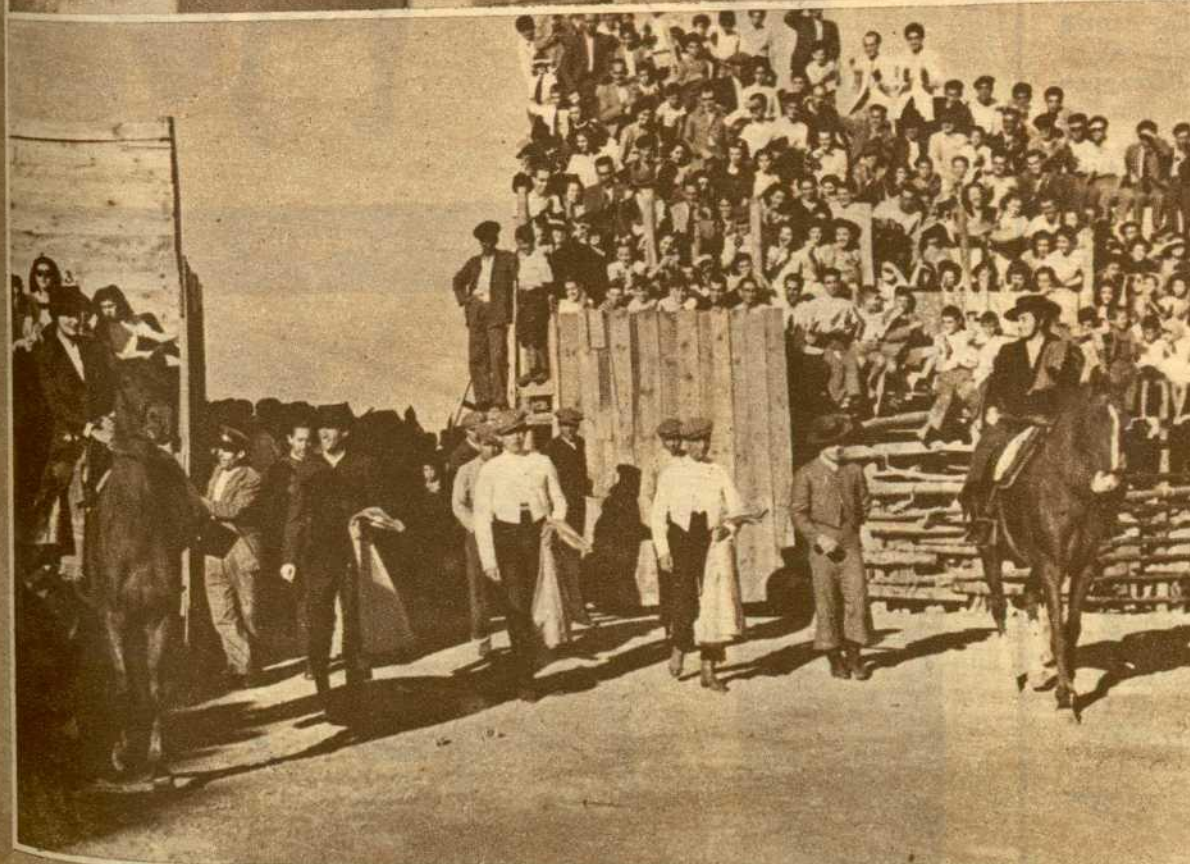


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III-Madrid, 10 de octubre de 1946-N.º 120



EN Alcalá del Río vive fresco y lozano el recuerdo romántico de Antonio Reverte, aquel mozo moreno, verdoso casi, que despertaba pasiones en los ruedos y hacía palpitár el corazón de las mocitas sevillanas, que lo cantaron en sus coplas. Coplas que hablaban de las novias del diestro de Alcalá del Río: Angelita, Pepita, Carmen, Encarnación...

Ya Reverte pasó al romance, que es la historia que teje el pueblo con sus estrofas, llenas de emocionada sencillez. Antes, Reverte era el torero de los recortes capote al brazo, de las faenas temerarias, llenas de arrojo y de guapeza —como aquellas que recordó Bombita un día en que le hablaron del toreo de Antonio—. Ahora ya Reverte es recuerdo; pero recuerdo inmarcesible, que sueña sevillanas de casetas de feria, y carteles bordados y tirados en seda, y picadores de castoreño y barboquejo, y patillas de boca de hacha... Y mantones con flecos, y vestidos joyantes de seda pálida y calreles de oro...

En Alcalá del Río se da esa tierra ocre, de color encendido, con la que el ruedo de la Maestranza cubre su superficie, y que se llama albero. Y el albero de la Plaza sevillana nos habla de Reverte también; porque es albero de Alcalá, y Alcalá es el encanto de un pueblo blanco y limpio, donde vivió Reverte...

Este año la familia de Reverte ha organizado un festival taurino a la memoria de Antonio —aunque no necesita Antonio de mnemotecnias para ser recordado—, y en los balcones de Alcalá del Río han florecido sobre la seda de los mantones los ramilletes de mocitas, que son cada una de ellas como una novia de Reverte, porque cultivan el recuerdo del buen torero y tienen el mismo encanto de leyenda y romance que él tenía.

Unos toreros, ataviados con la blusilla blanca y el pantalón ceñido, hicieron el paseo bajo el sol refulgente de Alcalá, precedidos de bellas amazonas, que lucían garbero y sombrero de campo y atavío castizo de caballista a la andaluza.

Hubo sangre caliente en los morrillos de los toros, y sobre las heridas rojas reverberaba el sol como sobre rubíes gigantes.

Y en el aire azul de la placita sevillana se recortaba la silueta de Reverte —al brazo su capote de leyenda— y se veía cómo el torero recordaba ceñido a un toro de romance. De ese romance que ya es el nombre de Reverte en la fiesta española...

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Decía el otro jueves que en esta temporada española han alternado diez matadores de toros mejicanos (seguramente todos los que vinieron) y que hasta fines de septiembre último se habían repartido ciento veintisiete puestos en las doscientas veinte corridas que aproximadamente iban celebradas.

Forzosamente hay que relacionar el número de matadores mejicanos y el de los puestos que se han repartido con el de matadores españoles —cuarenta, incluido el argentino Rovira— y el de puestos repartidos entre ellos

—quinientos cuarenta y tres—. Es decir, que la proporcionalidad aritmética lleva a la conclusión de que el veinte por ciento de matadores del escalafón taurino de este año es mejicano y que ese veinte por ciento, aproximadamente, es también el número de puestos que se ha repartido. Matemáticamente, la equidad es perfecta y los mejicanos no pueden hablar, con razón, de que en España se postergue a sus diestros, porque es además evidente que si no han toreado más no fué por resistencia sistemática de empresarios o por patente desvío del público, sino porque ellos —los diestros mejicanos— no lograron con sus actuaciones merecer más contratos.

Y éste es el punto que más nos interesa a los españoles destacar para ojos y oídos mejicanos. Aquí, los diestros aztecas, recibidos siempre con extraordinaria simpatía, son los primeros en escuchar aplausos —los más cálidos aplausos—, apenas se abren de capa, cogen las banderillas o inician sus faenas de muleta.

Nadie sabe si lo que van a hacer será bueno, malo o regular; pero todos quieren alentarlos de antemano.

Las palmas españolas, estrepitosamente sonoras, dicen a los aztecas, ya desde el paseíllo: «Animo, muchachos, que a poco que hagáis el triunfo es vuestro».

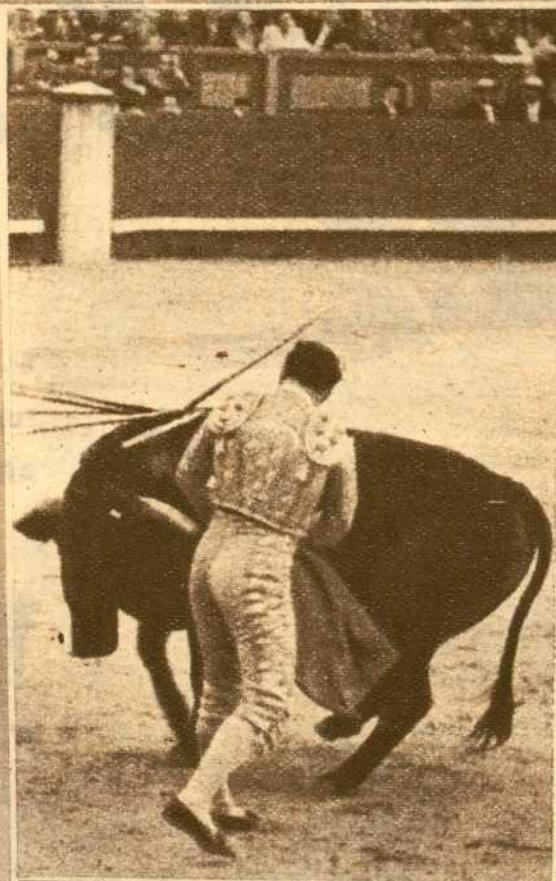
No hay en España, bien se ha visto, pasión españolista, sino sentido de la hospitalidad, reverencia y cortesía para los de fuera de casa. Cada torero mejicano podría dar —y da, justo es decirlo— fe de que es cierto lo dicho. Arruza, primerísimo ejemplo, por llegar antes y por la alta categoría que rápidamente alcanzó, es uno, y Silverio Pérez, pese a su desgana para alcanzar el éxito, es otro. Ellos, con Fermín Rivera, Lorenzo Garza, Armillita, Cañitas, etc., pueden decir si han encontrado, en los públicos o en los empresarios españoles, alguna resistencia seria que pudiese repercutir en su libre contratación.

No ha de parecernos, pues, justo, que la Prensa mejicana diga, con casi absoluta unanimidad, que los diestros aztecas están perjudicados con el convenio, tanto en lo artístico como en lo económico. Queda probado que aún en este año, no muy bueno para la fiesta en general, ellos no han salido perjudicados en ningún aspecto y que la temporada anterior obtuvieron una considerable ventaja, que si no han conservado no ha sido por culpa nuestra.

No obstante, se impone una modificación del convenio hispanomejicano, y por ello no será esto lo último que escriba sobre el tema, que aun ofrece materia suficiente para otro «pregón».



LA CORRIDA DEL DOMINGO, DIA 6, EN MADRID



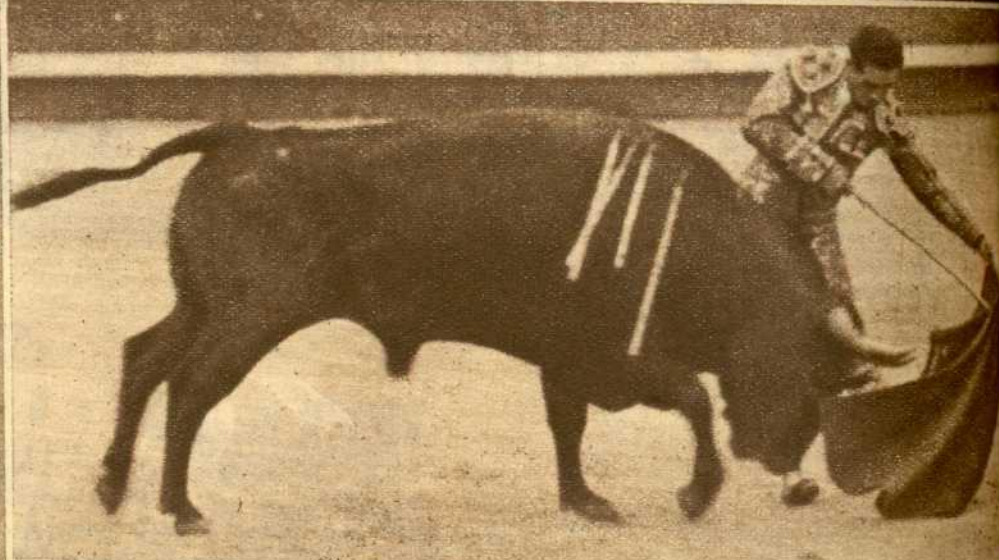
Bienvenida durante su faena de muleta al primer toro de la tarde



Albaleín torea al natural al toro que brindó a Cantinflas



Por Magritas no pasan los años. Y con gran estilo puso este par de banderillas



Un natural de Rafael Llorente a su primer toro

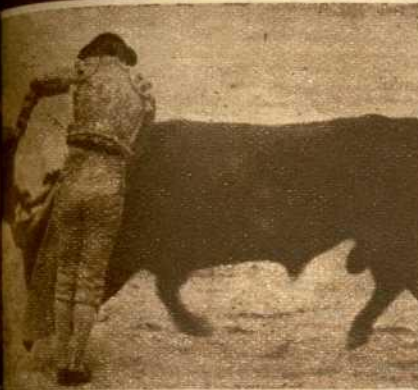
Cantinflas presenció la corrida desde un buriladero, pero antes ocupó una barrera



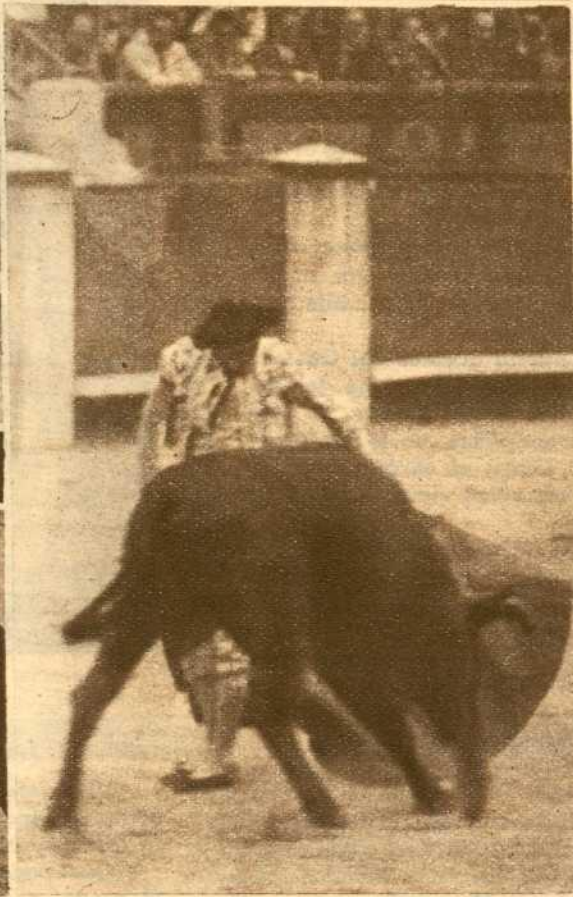
Toros de don Francisco Chica PEPE BIENVENIDA, ALBAICIN y RAFAEL LLORENTE



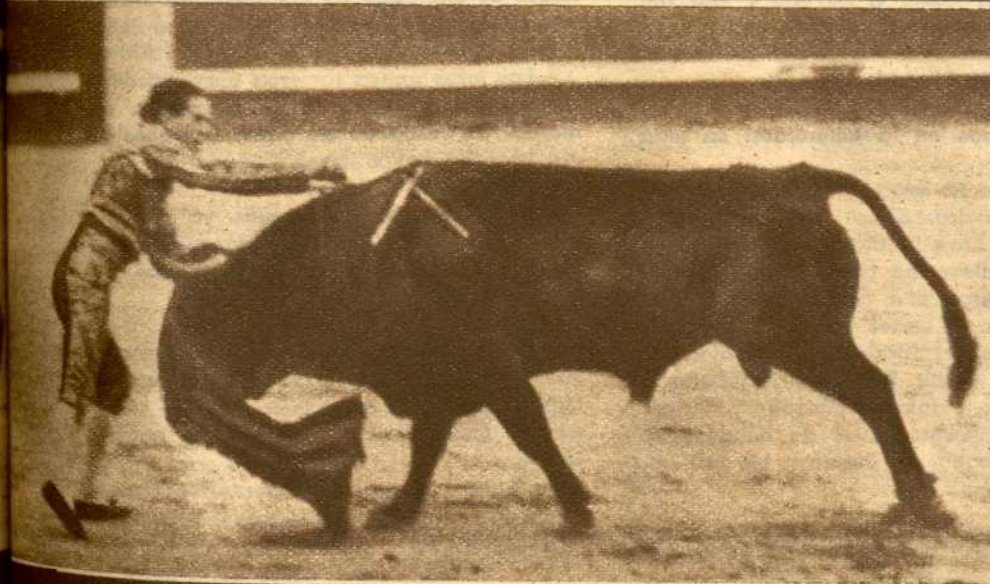
ro que... Manolete alto del torero gitano a su segundo toro



Y con... Bienvenida remata un quite con media verónica



Albaicín en el quite que hizo con el capote a la espalda



Rafael Llorente en la estocada que dió a su primer toro



El artista mejicano devuelve a Albaicín la montera (Fotos Baldomero)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

Ahora les toca a los ganaderos...

TODAS las cosas tienen su tiempo, y casi todos los errores son susceptibles de enmienda.

Me refiero a estas cosas que están pasando en la Plaza de Toros de Madrid, donde en el espacio de unos días hemos podido ver a dos toreros del máximo relieve enmendar unos yerros que habían cometido, a fuerza de exponer, y..., justo es decirlo, teniendo que acudir a sacar a las cosas de quicio. Mejor dicho, a meterlas en el quicio de donde las habían sacado por una ausencia que no se justifica con ninguna clase de razones más o menos capciosas.

Dicen que Manolete, al serle preguntado en el aeropuerto de Lisboa por la impresión que le produjo ver la Plaza de Toros desde el avión, contestó:

—Pensé que el primer toro de la corrida de Beneficencia pudo mandarme a mí a esa altura.

No lo volteó el toro; pero tuvo Manuel que jugarse mucho en el otro, para sacar incólume su prestigio y su fama. Pero vino después Arruza, y el toro le empuntó y le mandó a la enfermería por un gesto todo lo heroico que ustedes quieran del torero, pero que no sería necesario si estos artistas no salieran en Madrid, como salen, a jugárselo todo a una sola carta.

Todo esto se ha dicho ya por nuestro crítico Emecé, y no sería preciso volver sobre ello si no fuera para poner en parangón con los toreros a los criadores de reses, a los que me imagino les tiene sin cuidado que una corrida enviada a Madrid dé el juego que Madrid exige por su categoría y por el prestigio que Madrid les otorga a divisas y hierros.

Y me refiero concretamente a don Felipe Bartolomé, que mandó para la corrida del Montepío de Toreros unas reses bien presentadas, pero casi ilidables, porque ninguna de ellas tenía fuerza en las patas; muchas se cayeron, y en todas hubo que eludir el castigo en la suerte de varas.

Culpables los toreros o no —que yo creo que sí que son culpables— de venir a Madrid de ese modo forzado, cumplieron en fin de cuentas con lo que se les podía exigir, y salieron airoso a fuerza de arrimarse.

Y este ejemplo es el que quiero brindarles a los ganaderos, que ya deben pensar en que a Madrid, cuando se viene, hay que traer una corrida presentada y con casta, y que además de eso tenga la fuerza necesaria para aguantar la lidia.

Es demasiado alto el precio de las localidades para que luego salgan por los toriles un toro y otro levantando protestas de los espectadores y quebrando la línea de la corrida por la falta del elemento principalísimo, que es el toro.

Y otra cosa que no concibo es que la Presidencia, que luego, en la corrida, tiene que dar la cara y aguantar las protestas, no cuide más en el apartado de estas garantías mínimas de lidia en las reses y no acucie el celo de los veterinarios para que observen con todo escrúpulo a los toros, para evitar la serie de cojos que desfilan por la Plaza de las Ventas, con la protesta consiguiente y la perturbación que a ello sigue.

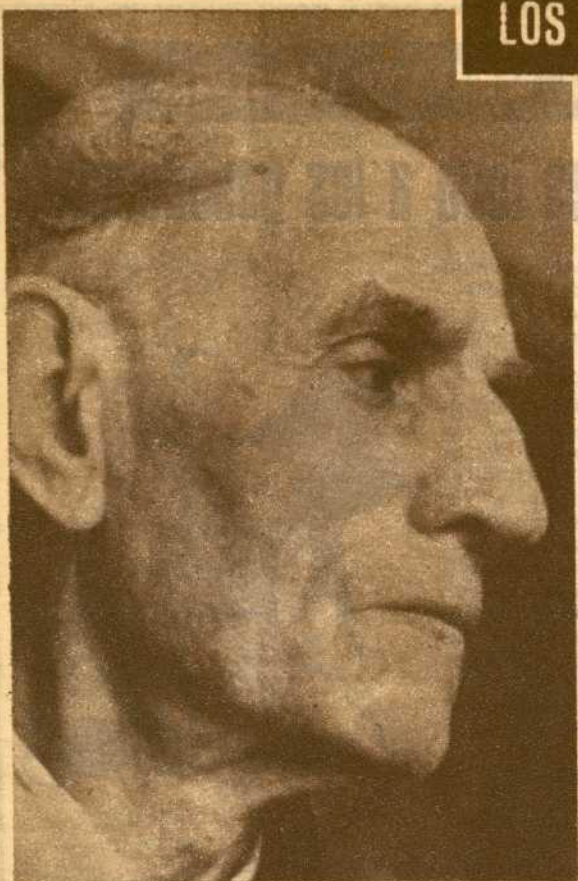
Y poco queda ya que comentar después de este general examen, si no cerramos estas líneas diciendo que, en la corrida última, Rafael Llorente dió una nota aguda de valor y volvió por los fueros de la estocada, que ya se estaba olvidando demasiado. La corrida de Curro Chica salió gorda y con casta, y resaltó ello más por el contraste con la de don Felipe Bartolomé.

Con Llorente alternaron Pepe Bienvenida y Albaicín, y el uno se limitó a cumplir y el gitano prodigó sus desigualdades.

Pero no es crítica taurina lo que aquí cabe hacer, sino comentario de agua pasada, que acaso no mueva ya el molino de la fiesta, pero puede quizá contribuir a que los molineros pongan más cuidado en obtener harina de la buena, ya que la pagan los espectadores a buen precio, y esta harina de los toros viene siendo en España artículo de primerísima necesidad...

M. GARCIA SANTOS





Cayetano Leal, Pepe-Hillo

PEPE-HILLO Y EL ALAVES AÑORAN UNAS COSAS Y ADMIRAN OTRAS

una: Guerrita... ¡Qué clase de temperamento!

Hubo vez que hasta los toros parecían asustarse de sus desplantes de valor. Por su dominio y conocimiento de la lidia nadie osaba discutir con él.

—¿Algún otro habría además del Guerra?

—Hubo también una pareja de toreros muy elegantes: Quinito y Fuentes. A este último, con las banderillas, no le ha superado ningún otro torero, ni en gracia, precisión, señorío y seguridad para llegar a la cara de los toros.

La conversación, al tamizar los recuerdos de mis viejos amigos, equivale a volver a andar con la evocación el camino del tiempo.

Los dos veteranos, entregados ya de lleno al contrapunto de sus añoranzas, parecen remozarse al conjuro del recuerdo. Es ahora Pepe-Hillo el que nos recuerda sus apuros para confirmar su alternativa.

En 1897, un 25 de octubre, nada menos que don Luis, el señor del volapié, le cedía los avíos de matar, ante la majestuosa presencia del propietario de La Coronela. En esta corrida se dió el hecho curioso de que las reses lidiadas, pertenecientes a la vacada de Moreno Santamaría, llevarán sus buenos cinco años en los corrales de la Empresa. Eran el arma esgrimida a la sazón por aquella para amenazar a Reverte y Guerrita —la más bullidora pareja de entonces—, y cuyo pugilato era explotado celosamente por los empresarios de la Plaza de Madrid.

La conversación se desliza hacia los lucidos ingresos experimentados en la actualidad en toda corrida benéfica.

—Aquellos tiempos no eran tan pródigos en obtener crecidos beneficios, como ahora —comenta Pepe-Hillo—. Pronto hará treinta y dos años, que, con el intento de allegarme algún dinero, varios compañeros organizaron una corrida para mi beneficio y despedida. El cartel no pudo ser más atrayente. Siete toros del duque para Vicente Pastor, Malla, Punteret, Celita, Joselito y Algabefio.

Pues con todo esto y aun percibiendo 2.600 pesetas, donativo de Vicente, 1.000 de Belmonte y otras tantas de Veragua, no llegué a los mil duros de beneficio líquido.

NO es frecuente la ocasión de charlar con dos ex toreros que entre ambos sumen la tontería de ciento sesenta y seis años. Un saludo expresivo, una respuesta afable y hétenos los tres, deambulando sin prisa hacia el centro de la urbe, después de la corrida celebrada el domingo en las Ventas.

Comentamos las dos estocadas hasta las cintas, propinadas con todas las de la ley de bien matar, por el más joven de los espadas de la terna.

El señor Pepe-Hillo, el más joven de mis dos octogenarios amigos, se congratula de que por esta vez haya el público estimado y aplaudido la belleza que encierra la suerte suprema.

—Es lamentable —dijo— ver a muchos jóvenes toreros, después de haberse pasado los toros más cerca que nunca, entrar a matar sin el mismo pundonor derrochado en la faena de muleta. En todas las épocas gozaron las suertes vistosas de la estimación de los aficionados. Pero el triunfo clamoroso lo conseguía el coraje y la buena escuela demostrada al hacer el embroque.

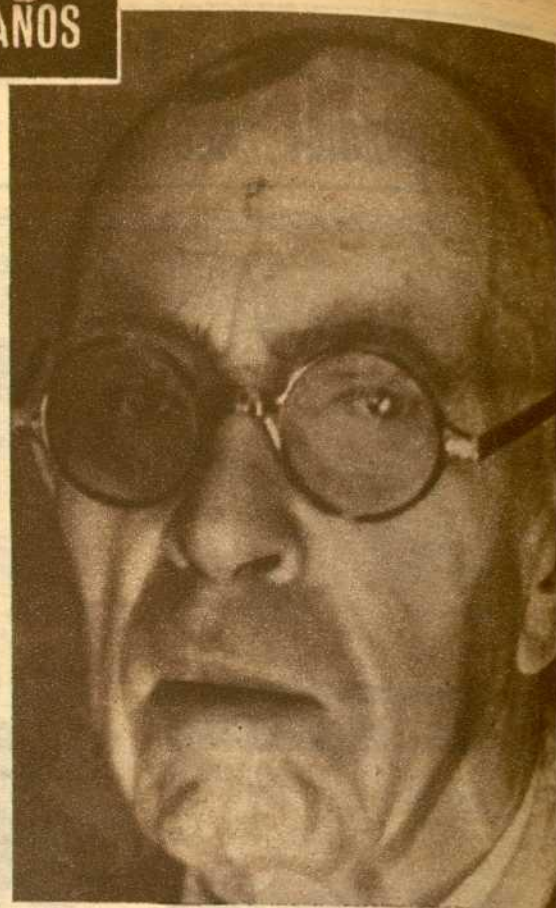
El compañero del señor Cayetano Leal parecía estar totalmente absorto en los recuerdos evocados por su amigo. De repente, se detiene, y nos dice:

—Nosotros no toreábamos con la suavidad y elegancia de estos tiempos; en cambio, eran muchos los toreros que dominaban a todos los toros, por difíciles que fueran.

—De las figuras de su tiempo, ¿quiere decirme la más completa a su juicio?

Don Cecilio Isasi, el Alavés —hemos nombrado al decano de los ex lidiadores de hoy—, con los ojos cansados, habla con lentitud:

—Dentro y fuera de los ruedos, para mí, sólo hubo



Cecilio Isasi, el Alavés

—¿Qué efecto le hace a usted asesorar corridas?—inquiere del veterano asesor de la presidencia.

—Que padezco más que si estuviera en el ruedo, no sólo por el peligroso terreno que hoy pisan los toreros, sino porque muchas veces la defectuosa calidad de sus enemigos se encargue de estropear los buenos deseos. Pero de los toros, mejor será callar.

En cambio, el tema, hace hablar al Alavés:

—Los toros nunca tuvieron mayor poder y corpulencia que cuando se mantenían con hierba. Un resoplido de aquellos bichos hacía levantar hoyos en el ruedo...

—Quedamos entonces...

—En que la fiesta va a más, ya que todavía no ha cesado la depuración de los estilos. En una cosa no han cambiado los rumbos del toreo.

—¿Y es?

—En que ahora, como antes, la lucha sigue siendo muy dura para el torero, ante el cual el pozo del ostracismo se abre con la misma facilidad con que se nos tragó a tantos.

De pronto, un tropel de gente, enardecida de entusiasmo, atraviesa la calzada llevando en triunfo al héroe de la tarde. He aquí el que todavía desconoce de la acidez del dolor y de la nostalgia.

Se ha abierto una pausa en nuestra conversación. Parece una pausa de cincuenta años para mis dos viejos amigos, llena de jornadas alegres o tristes, en la que también a ellos vino a besarles el halago de la popularidad... ¡Cincuenta años!

Y sin querer, al verles marchar con un aire exiguido de viejos luchadores, vino a mi memoria el comienzo del capítulo postremo del Quijote: «Como las cosas humanas no sean eternas...»

F. MENDO

VALDESPIÑO
JEREZ

Lentitud presidencial.-Los picadores y sus «cuestiones personales».-El «Chico del Cigarrillo».
Albaicinadas.- Pepote y sus
banderillas.- Llorente con es-
tilo.- El signo de Cantinflas

POR qué cuando un toro sale del toril no ya cojo, sino totalmente inválido, la Presidencia aguarda y aguanta hasta que el público se pone varias veces de pie en los tendidos, muestra en alto los papelititos de colores de las localidades para indicar que no está allí «de violín», hace flamear con blanca llama los pañuelos, vocifera y grita, aplaude y patea al son de esas tres palmadas que quieren decir «Al-coo-rral»?... ¿Por qué la Presidencia, en cuanto se percata de que el toro es ilidiable, no saca el pañuelo verde, indicador del color del pasto que el animalito ha debido seguir rumiando en vez de pisar la arena de la Plaza?... Nunca sabremos contestar a estas preguntas. El pasado domingo fué al corral el primer toro, que, por cierto, era bravísimo, pero que arrastraba una pata como si fuera un apéndice postizo. Los toros restantes también se resentían de los remos, y el que no se caía embestía como si estuviera montado sobre sí mismo y tuviera que soportar el vaivén de su galope.

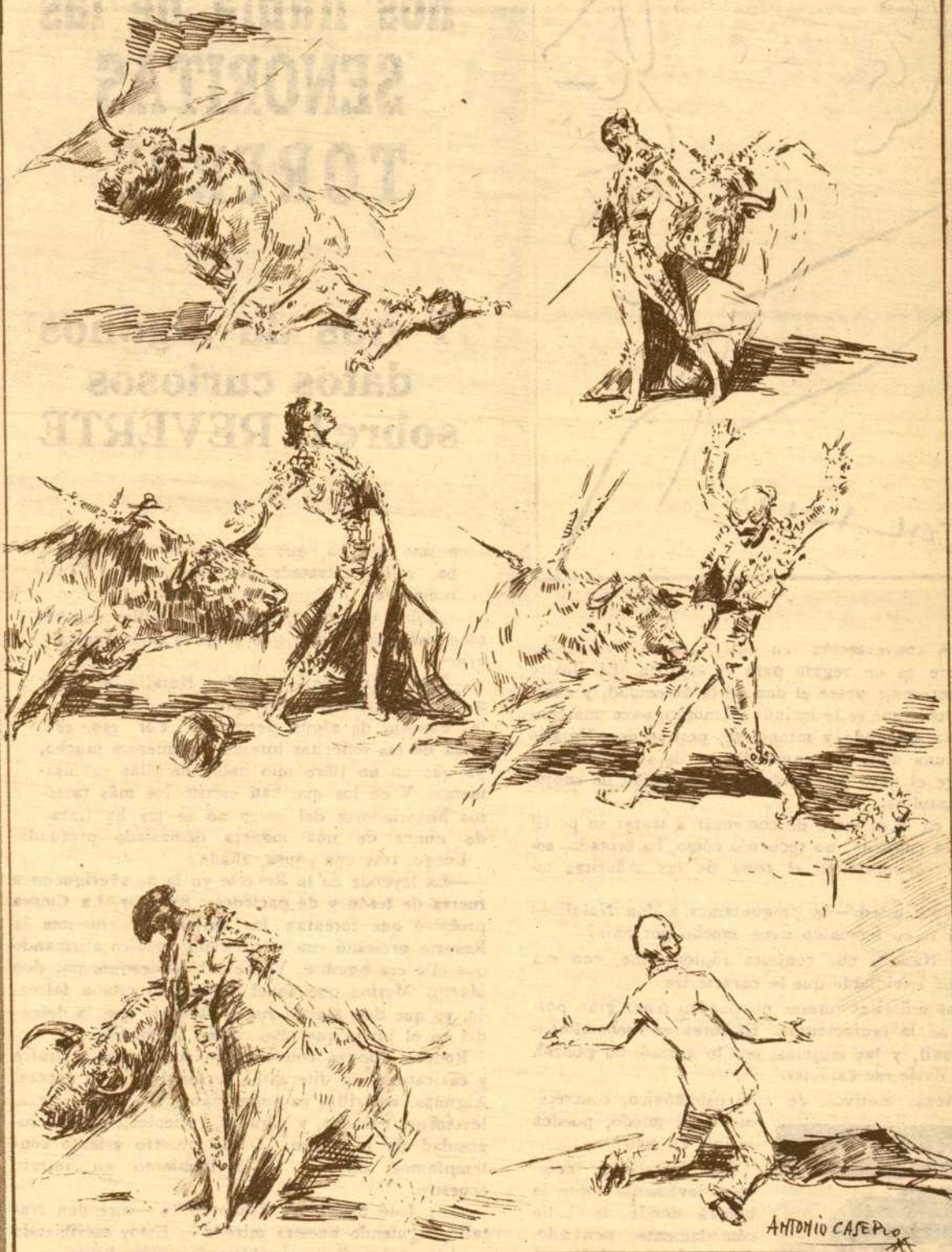
Los picadores contribuyeron —salvo contadas excepciones y en la medida de lo posible— a acentuar los defectos del ganado. Como es sabido, hace años se llamaba a los piqueros «los de la vara de contener». Hoy, se les debería llamar «los de la vara de desrriñonar», pues aunque el verbo sea muy feo, es muy exacto. Picador hubo que salió hasta el centro del ruedo empalmando una puya con otra, como si tuviera una cuestión personal con el astado y no parara hasta acabar con él. Y otro que, a pesar del buen consejo que le dió Orteguita diciéndole que se metiera en el callejón por cualquier puerta, se empeñó en permanecer en el anillo después de haber cambiado el tercio y no lo abandonó hasta que colocó al toro la vara de castigo que en su interior había soñado.

Fueron éstas las notas salientes de la corrida, con el lanzamiento de un espontáneo de chaqueta blanca, que se arrojó a la arena en el quinto toro y burlando y esquivando a los subalternos, en la cara misma del astado, le dió unos pases de muleta que pusieron a Rafael Albaicín en el compromiso de hacerlo mejor que el improvisado muletero de paisano. El espontáneo iba con un pitillo en la boca, dispuesto, sin duda, a facilitar el nacimiento de un apodo: El Chico del Cigarrillo, recordando que a Vicente Pastor le llamaron, cuando advino de esa manera al mundo de la tauromaquia, El Chico de la Blusa. Lo cierto es que el espontáneo, sin otro daño que una hemorragia en la nariz, se hincó de rodillas ante el presidente para pedir clemencia y que se lo llevaran.

Hemos hablado de la no buscada competencia entre El Chico del Cigarrillo y el Albaicín; pero no hemos dicho que el gitano lució sus habilidades de siempre, lo que ya podemos llamar «albaicinadas»: toreó con las manos bajas, lánguidas y lentas, manos de acariciar el teclado, manos de pianista que ejecuta lances como si interpretara a Chopin. Y esos desplantes, salidas, remates y adornos, esas chuladas románticas de «quitate, torito, toro, que si no me quito yo», con las que parece dar vida a las estrofas de ciertos poetas taurinos de la contemporaneidad, que presintieron en sus versos a Rafael el Albaicín

EL LAPIZ EN LOS TOROS

DE LA CORRIDA DEL DOMINGO EN MADRID — Por ANTONIO CASERO



El tercer toro derribó a un peón; le hizo el quite el capote que se llevó el animal en los pitones.—Un desplante de Llorente en el sexto toro y la estocada con que dió muerte al mismo.—Pepe Bienvenida saliendo de un par de banderillas.—Un quite de Rafael Albaicín.—Un espontáneo que pide perdón...

antes de que pisara los ruedos. Eso y una estocada honda y suave, inverosímil de finura y eficacia, con la que mató sin puntilla a su primero, ratificaron su indiscutible personalidad «calé». De lo demás, ¿para qué vamos a hablar?

Pepe Bienvenida contraselló también su maestría de enorme rehiletero con los pares impresionantes que puso a sus toros. Tiene Pepe los terrenos en la cabeza. No los mide; se los sabe. Le escolta algo así como una guardia angélica que le protege en la peligrosa reunión, cuando el aguante parece ya imposible, y le dice: «¡Ahí!» Y los palos no se quedan clavados, sino hundidos en el sitio justo. Y el torero sale de entre los cuernos con los brazos en alto, limpiamente, por una fracción de segundo y de milímetro. Algo increíble. ¡Lástima grande que todo se quede en eso y en la elegancia y el garbo con que a veces, cuando quiere o cuando puede, maneja el capote!

Porque con la muleta y el estoque, ¡cuánta prudencia! y ¡qué renuncia!

Llorente toreó de capa y de muleta francamente bien. Y con estilo, con ese estilo que echábamos de menos en su destreza y en su valor innegables. Ha ganado mucho. Casi podemos decir que es otro. El estoconazo que propinó a su primero exponiendo cuanto hay que exponer, acunándose y, como decían los antiguos cronistas, «hartándose de toro», justificó por sí solo la oreja que le dieron muy inmerecidamente. Y lo mismo en el toro último, que de propina le empujó al premio de salir en hombros.

Toda la corrida se inscribió bajo el signo de Cantinflas, a quien el público descubrió en una barrera momentos antes de empezar el festejo, y que luego bajó a un burladero, donde no paró de firmar autógrafos. ¡Le debe de doler la mano!

ALFREDO MARQUERIE

Don Natalio Rivas nos habla de las SEÑORITAS TORERAS

Y nos da algunos datos curiosos sobre la REVERTE

mismo toreaba, que mataba, que banderilleaba, y fué retratada por Goya en su «Tauromaquia».

Sobre una mesa, algunas cuartillas nos hablan del nuevo libro que prepara el insigne escritor.

—Trabajo mucho —dice don Natalio, al notar nuestra curiosidad—. Siempre estoy investigando la historia de algún personaje. Por eso, este tema de las señoritas toreras me interesa mucho, ya que en un libro mío hablo de ellas extensamente. Y en los que han escrito los más famosos historiadores del toreo no se las ha tratado nunca de una manera demasiado profunda.

Luego, tras una pausa, añade:

—La leyenda de la Reverte yo la he averiguado a fuerza de tesón y de paciencia. En 1907, La Cierva prohibió que torearán las mujeres, y entonces la Reverte presentó un certificado médico afirmando que ella era hombre. Yo he sabido después por don Martín Merino que aquel certificado estaba falseado, ya que don Martín fué el abogado que la defendió en el juicio que tuvo contra su marido.

Rodean nuestra conversación fotografías, retratos y caricaturas de diferentes personalidades y épocas. Algunas, amarillas ya por el paso del tiempo; otras, levemente doradas, y algunas, recientes, con esa jugosidad de lo nuevo. Desde nuestro asiento contemplamos allá en el recibimiento un retrato ecuestre.

—Es José María, el Tempranillo —dice don Natalio, siguiendo nuestra mirada—. Estoy escribiendo un libro sobre él, que publicaré muy en breve.

Dolores Sánchez



La Reverte, con su cuadrilla, dispuesta a trasladarse a la Plaza

Pero nuevamente la conversación ha tornado a la Reverte. La anécdota y el dato florecen de nuevo en los labios de don Natalio:

—Era un carácter especial el de aquella mujer. A su marido le rompió una pierna de una patada. Y una breve sonrisa se dibuja en los labios de nuestro ilustre entrevistado:

—Luego acabó sus días de guarda de una mina, donde llevaba carabina y era respetada y temida por todo el mundo...

Con ese suave deje andaluz, muestra de señorío, característico en el conversar de don Natalio, sigue hablando. Asombra cómo a sus ochenta y tres años puede tenerse tal lozanía y tal donaire en la frase. Y tal justeza en el juicio.

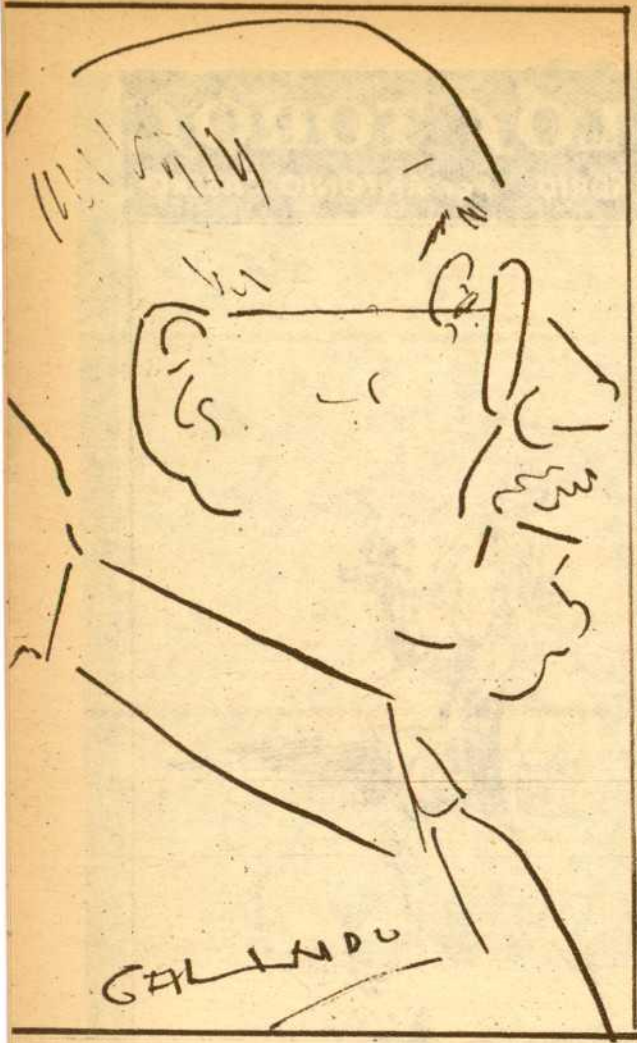
—Si quiere usted más noticias sobre las señoritas toreras, las puede usted encontrar en mi libro...

Pero nosotros preferimos transcribir lo relatado, que, aunque menos documentado, tiene el encanto y la gracia de la improvisación. De esa improvisación que es siempre en don Natalio Rivas producto de muchas horas de búsqueda y de reflexión. Aún antes de despedirnos se asoman a sus labios recuerdos y rasgos de señoritas toreras.

—Con excepción de dos o tres, todas fueron de mala calidad. Yo, a las únicas que vi torear fue a Angelita Pretel y a la Pagés...

Federico GALINDO

Lolita Pretel



UNA conversación con don Natalio Rivas siempre es un regalo para el espíritu. El ilustre personaje posee el don de la amenidad, y cualquier toma que se le insinúe es motivo para una conferencia detallada y minuciosa, porque don Natalio posee una memoria envidiable, y de su boca surge siempre el dato y la fecha, sin necesidad de enojosas consultas.

Así, en el instante de comenzar a trazar su perfil sobre la cuartilla, no recuerdo cómo, ha brotado, sobre la conversación, el tema de las señoritas toreras.

—¿Cree usted —le preguntamos a don Natalio— que el toreo femenino tiene mucho porvenir?

Don Natalio nos contesta rápidamente, con esa agilidad envidiable que le caracteriza:

—Las señoritas toreras no pueden tener gran porvenir en la tauromaquia. El toreo es esencialmente varonil, y las mujeres, por lo mismo, no podrán nunca darle ese carácter.

—¿Acaso motivos de tipo psicológico, concretamente el miedo, pueden influir en esto?

Don Natalio se incorpora levemente sobre la butaca donde se halla cómodamente sentado. Aprovechamos el instante para cazar sobre la cuartilla la línea de su frente.

—No. No es el miedo lo que resta valor al toreo femenino. De las cincuenta y tantas señoritas toreras que ha habido en España, está demostrado que casi todas eran mucho más valientes que los hombres... Pero el toreo es arte de virilidad, que es algo distinto de esto.

—¿Ha habido cincuenta y tantas señoritas toreras?—preguntamos, un tanto asombrados.

—Sí, señor —nos responde don Natalio—. La más antigua fué Julia Escamilla, que floreció en el siglo dieciocho. Fué muy famosa: lo

Angelita Pagés



**HABLAN LOS QUE
FUERON FAMOSOS**

"LAS ESCUELAS TAURINAS, DICE EL ABAO,

Uno de los discípulos se adorna por chiclelinas con gracia pinturera



El maestro explica a los alumnos cómo se hace la suerte de matar

evitarían muchas desgracias a los que empiezan"

QUIZÁ en el rincón más torero de Sevilla tiene el Abao su vivero de torerillos. El Abao es aquel buen torero sevillano que gozó de alto crédito y cartel allá por los años del 12 al 20, y que fue investido matador de alternativa, solemnemente, por Juan Belmonte. Decíamos arriba que su escuela torera está en el más torero rincón de Sevilla. Y es verdad. Porque está cerca de Tablada, y en Tablada está la corta famosa, y en sus alrededores, un día y otro, una noche y otra, lucharon toreros famosos por lidiar, bajo el sol y las lunas, los toros que podían escamotear a los mayores y cuidadores de las garaderías. Pues bien: en esta escuela, verdadero vivero de la joven torería, el Abao va descubriendo los nuevos valores, los nuevos famosos, los nuevos brotes. Luego —cuando el triunfo llega a ellos—, se alejan sólo para cumplir sus compromisos profesionales, y vuelven. Cada vez que regresan o hacen alto en Sevilla vuelven a la Venta, toman allí capote y muleta, y al torito alegre del carrillo le hacen imaginarias faerías, y les cavan banderillas al corcho y entran a matar, bajo la veterana sapiencia de Abao, que en esto de las estocadas cuenta crónicas y quienes le vieron que era un as de mucha clase y maestría.

Paseando por estos alrededores de la Venta, hemos conversado con Abao. Nos ha contado, brevemente, su vida, sus viajes a América —en una de cuyas Plazas le otorgó la alternativa Belmonte, y cuya estancia se guarda devotamente en el comedor de la casa—, sus cornadas...

—Una de las más dolorosas fue en Sevilla, el año 14, cuando la cornada grande del Gallo en Algeciras, y precisamente la misma tarde. Toreaba yo con Juan Cecilio, Punteret, y mi último novillo me corrió la pierna...

De esta escuela taurina han salido ya matadores de toros y novilleros famosos.

—Ahora —nos dice Abao— hay otro plantel nuevo, otro brote del que puede esperarse mucho, aunque son todavía niños. Pero ya aquí hacen un toro de

muchísima clase. Veremos si cuando crezcan son capaces de hacerlo ante la primera becerro que les salga...

En esta Venta —sercillo regocijo de gran sabor sevillano, donde apaciblemente, entre carteles de todos los tiempos y evocaciones y anécdotas, se retiran caminantes aficionados y toreros— vive el Abao desde su último regreso de tierras suramericanas. La afición le hizo entretenerse con su chiquillo —que aparece en una de nuestras fotos—, y al calor de aquella pura distracción, acudieron otros. Ya es habitual, en cuantos diestros invernan en Sevilla, el paseo matutino hasta la «Venta del Abao», y a la vuelta el baño en la piscina de la playa de los Remedios. Y en la Venta oyen las fabulosas narraciones del viejo torero: sus viajes; sus tiempos duros y difíciles de lidiador de otra época...

—Los toreros de ahora tienen mucho adelantado —nos dice Abao—, y es que los públicos valoran más las cosas que se hacen en el ruedo. A pesar de que los toros sean más pequeños, se le da más importancia a lo que se hace bueno de verdad que a lo que se hacía antes... Y esto merece la pena. Claro está —el Abao ha entrado en su mostrador y nos invita a una fresca copa de Sotol, la torerísima manzanilla sarluqueña— que entre esto y aquello...

El Abao tenía —¿qué torero no lo tiene y lo tuvo?— un ídolo al que veneraba: Joselito—. En esta veneración no transige un ápice con ningún otro criterio:

—José fue aparte. José fue inmerso. José valía más que todos. No es pasión; es la justicia —dice el torero—. La justicia que se debe hasé siempre...

Cree el Abao que el problema actual de los precios de las corridas no es un privilegio de la fiesta, sino una cosa desagradable que imponen las circunstancias.

—Compare usted, amigo, lo que valía un vestío de luse con lo que vale ahora; el presio una entrá, lo que cobra un picaó, lo que vale

un torito, lo que cobra el impuesto, lo que gana el de los carteles; con todo esto como valía antes, que con dos gordas tenía usted hecho un presupuesto grande, y verá. Yo no culpo a nadie —nos dice—, sino a las circunstancias. Que están así y no se pueden dominar como nos gustaría a todos...

Sobre los toreros actuales nos ha hablado el maestro muy explícitamente, separándonos con certero juicio: cree el Abao que entre los nuevos valores hay algunos que valdrán mucho y pronto...

Salimos a la placita, que es el huerto de su pequeña Venta. Uno de los chavales —espigadillo y gracioso— está toreando al carrito que impulsa su hermano.

—¡Eh, toro! ¡Eh, toro!

—¿Ve usted? Las escuelas taurinas —y ésta no es más que un viverillo— evitarían muchas calamidades y muchas desgracias a los que empiezan. Con este carrito —que los toreros mejicanos utilizan continuamente— se aprende, sin riesgo alguno, todo el oficio. Se acostumbra los muchachos a medir los terrenos, se estudia —bajo mi dirección— las clases de toros, los estilos de las embestidas, etc., y se va aprendiendo de tal modo que cuando el torerillo llega al becerro sólo queda acercarse a él. Si hay casta y genio, se acerca, y si no lo hay, afuera. Pero sabiéndose la papeleta se puede saber mejor lo que cada uno da de sí y lleva dentro... Dejamos la placita y salimos al camino. Este fue el rincón belmontino; por aquel camino que se ve, lejos, hacia Villamanrique, asustó a los toros de cinco años en pleno campo, como un hércules bajo las estrellas de las noches heroicas, aquel Pascual Márquez, al que un toro le partió el pecho cara a cara en la Plaza, como sólo podía morir... ¡Campo de Tablada, callado, lleno de recuerdos, cruzado de garaderías, silencioso, junto a este río por donde la chavalería de hace treinta años se hacía torera, a fuerza de riñones y de furia! ¡Campo de Tablada, tan sevillano, tan triarero, tan andaluz! Junto a ti crecen, como alegres plantas, estos torerillos del Abao!

PACO MONTERO

El torerillo inicia el pase natural ante el pavoroso toraco que tiene enfrente...



...y tira del toro sin temor a los largos pitones ni a la intención mureña del pavo... (Fotos Arenas)



Estampas de la fiesta

ES la suprema investidura a que pueda aspirar un diestro en su carrera; el paso definitivo en ella; el doctorado, en fin.

Antiguamente, no eran sólo los espadas los que tomaban la alternativa, sino que también lo hacían los picadores; cuando existían las tandas en que dos varilargueros picaban toda una corrida, tenían lugar aquellas ceremonias; pero, al cesar la expresada costumbre, cayó en desuso también el que los piqueros tomaran la alternativa.

La última tanda que figuró en la Plaza de Madrid la compusieron Francisco Fuentes y Rafael Moreno (Beao), ambos de la cuadrilla de Rafael Guerra (Guerrita), y fué en la séptima corrida de abono, celebrada el 18 de mayo de 1890, siendo los espadas, además de Guerrita, su paisano Rafael Bejarano (Torero) y el granadino Antonio Moreno (Lagartijillo).

Cayeron después en desuso tales alternativas, y si hubo alguna, fué debido más bien al capricho del diestro que por reglamentación de la



Quinito



Félix Velasco

fiesta. Tal fué el caso, quizá el último, del picador burgalés Antonio Martínez (Cid), que, después de haber actuado en varias corridas de toros, tomó la alternativa en la extraordinaria que se celebró en Madrid el martes 26 de mayo de 1914, de manos del piquero turolense Francisco Codes (Melones).

Por lo que respecta a los matadores, primitivamente sólo estaban autorizadas para conceder alternativas las Plazas de Maestranza, tales Granada, Ronda y Sevilla; más tarde se amplió esta prerrogativa a las de máxima categoría: Madrid, Barcelona y otras, y, por fin, se llegó al acuerdo de que para ser válida una alternativa, basta con que la tenga el espada otorgante, prescindiendo en absoluto de la importancia de la Plaza en que aquella sea concedida.

Ahora bien: lo que sí se tomó como norma es que toda alternativa tomada fuera de Madrid se confirmara en ésta la primera vez que actuara en esta Plaza el nuevo matador de toros, como prueba de atención y respeto al público de la primera Plaza del mundo. Y así se ha venido haciendo, excepto en algunos casos que la negativa a confirmar la alternativa suscitó grandes discusiones entre los aficionados y Prensa, sobre todo entre los de Sevilla y Madrid, que llegó a alcanzar serios caracteres.

Ha habido un caso que resaltó sobre todos ellos, y es el de Joaquín Navarro (Quinito), que se retiró de la profesión sin haber recibido ni confirmado en Madrid la alternativa de matador de toros; y, sin embargo, figuró muchos años en los carteles de esta Plaza, varias veces como primer espada, y aun concedió la alternativa a otros matadores que con él torearon.

La primera vez que Quinito alternó en Madrid como matador de toros fué en la extraordinaria que se celebró el domingo 4 de marzo de 1894, en la que lidió reses de Torres Cortina, en unión de Rafael Bejarano (Torero) y de Francisco González (Falco), que tampoco confirmó la alternativa.

Más sonado aún fué el caso de Antonio de Dios (Conejito), que en la corrida extraordinaria que se celebró el domingo 11 de julio de 1897 se negó a recibir los trastos que le cedía el primer

LA ALTERNATIVA

espada, Enrique Vargas (Minuto), aun cuando después, por instigación de Guerrita, confirmara la alternativa, hecho que ocurrió en la sexta corrida de abono, celebrada el 8 de mayo de 1898, en que recibió los trastos de manos de Antonio Moreno (Lagartijillo), para estoquear el primer toro, Cartujo, castaño, de la ganadería de don Vicente Martínez. Esta decisión le valió el olvido de su negativa anterior, que tantos perjuicios le ocasionó en los comienzos de su carrera taurina.

El último caso sucedido en la Plaza de Madrid fué el de Félix Velasco, que alternó, sin mediar cesión de trastos, con Antonio de Dios (Conejito) y Rafael Molina (Lagartijo chico), y ganado de Pérez de la Concha, el 2 de junio de 1901. De entonces acá no han vuelto a reproducirse hechos de esta naturaleza, y hoy se ha establecido una cierta modificación con los espadas mejicanos que alternan por primera vez en Madrid, pero siempre dentro del respeto que merecen la importancia y categoría de la primera Plaza del orbe taurino. — JESUS MACEIN (DON LITO)



Conejito



Balsamo Azul
UNGÜENTO ANTISEPTICO
PARA ACCIDENTES Y
ENFERMEDADES DE LA PIEL.

QUEMADURAS - GRANOS
ULCERAS - HERIDAS
VENTA EN FARMACIAS

Consorcio
 Sanitario
 núm. 3970



Con la Plaza llena de público, y adosados a la barrera los treinta y seis cajones, se va procediendo al acto de abrir las compuertas de las jaulas



Antes de cada desengajamiento, un empleado anuncia al público, por medio de un cartelón, la procedencia de la ganadería que va a salir

SE AVECINAN LAS GRANDES FERIAS DEL PILAR

Y un importante
número de sus
programas lo
constituyen
las corridas
de toros



Un magnífico ejemplar, con la arrogante testa en actitud de desafío, sale a la luz del ruedo después de la oscuridad del encierro que ha padecido

El domingo se
desengajaron
en el ruedo de la
Plaza de toros
las treinta y seis
reses que han de
lidiarse

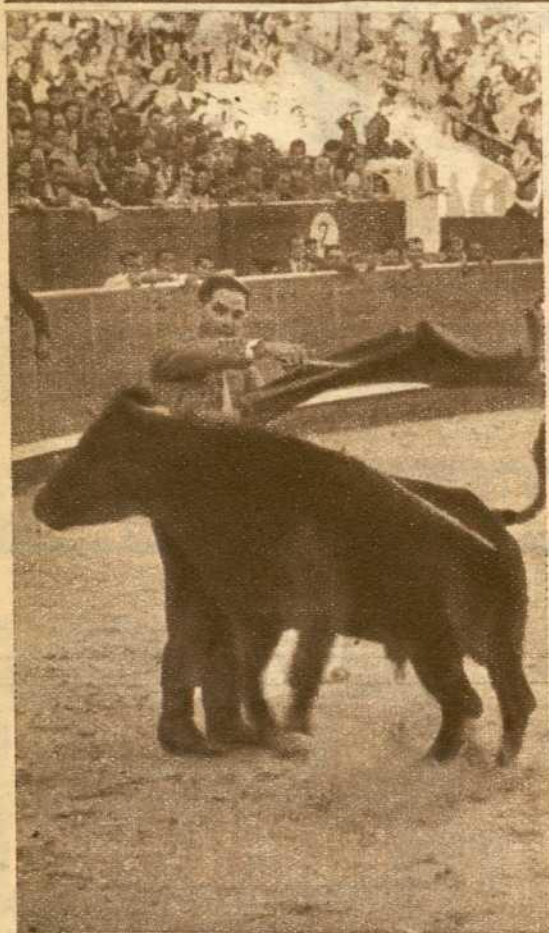
Cuando ha salido de las jaulas una corrida completa, la parada de cabestros la arropa y los toros pasan a los corrales

Y en los alrededores de la Plaza se agolpa el público, que forma cola ante las taquillas para poder presenciar las famosas corridas (Fotos. Marín Chivite)

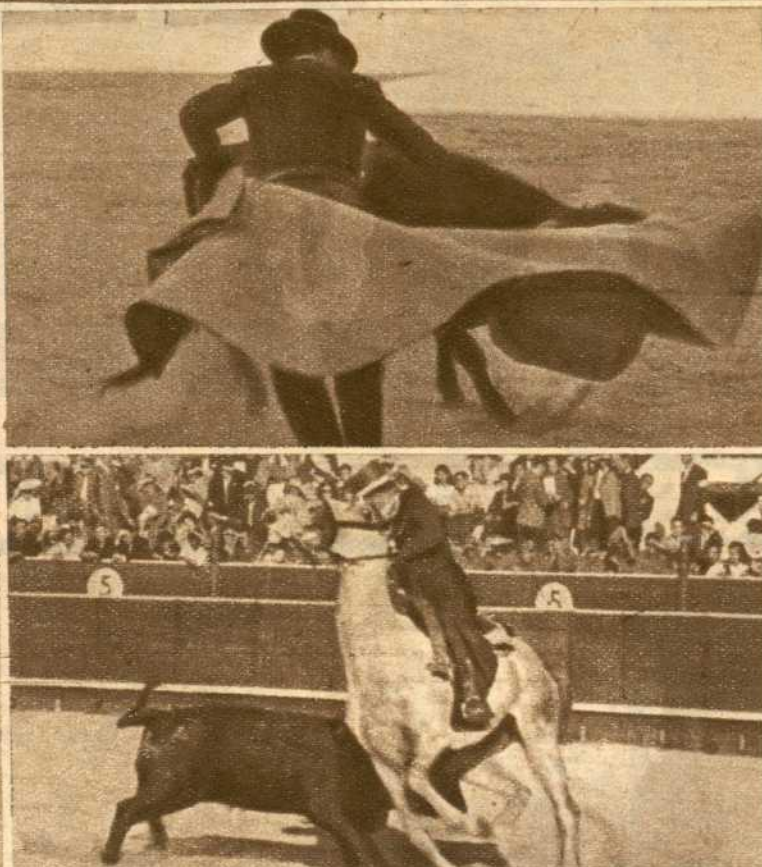


En la Placita de Vista Alegre

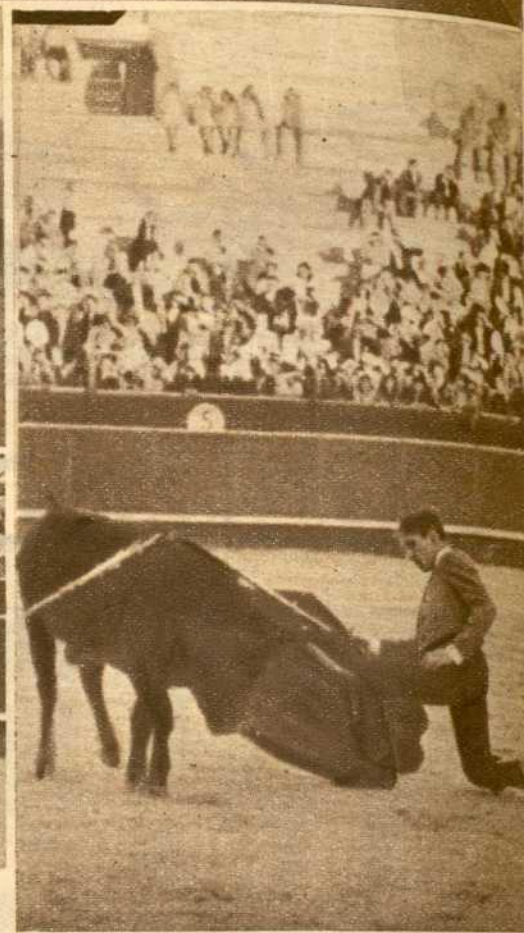
Pinohermoso, Félix Colomo, Domingo Dominguín y Angel Luis Bienvenida



Félix Colomo, en un muletazo por alto



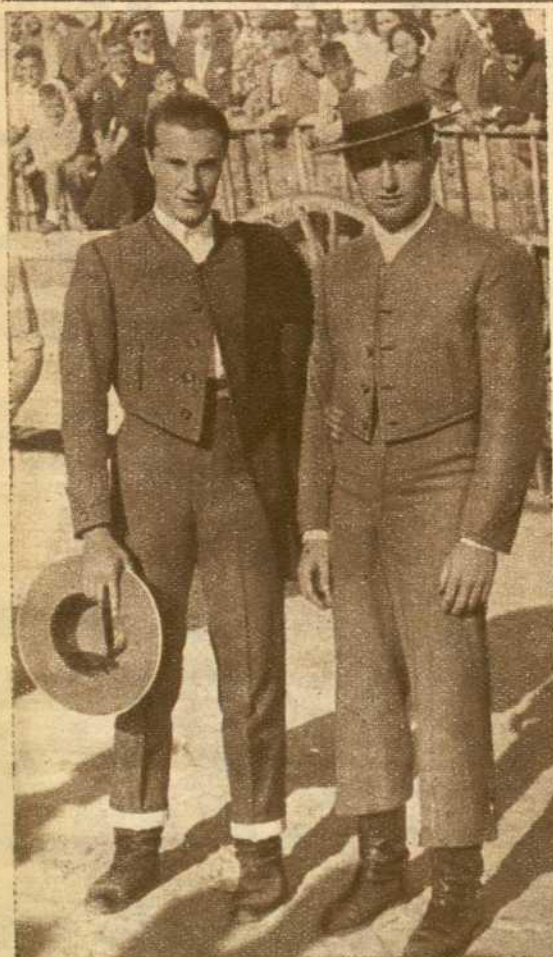
Domingo Dominguín remata con un adorno. — Abajo: El duque de Pinohermoso clavando un rejón



Angel Luis Bienvenida muletea de rodillas

Festival taurino en Ugena

Pinohermoso, Domingo Dominguín y Perico Domecq



Dominguín y Perico Domecq, antes de comenzar el festival (Fots. Mari)



Perico Domecq, en la serie de verónicas que dió a su novillo
Domingo Dominguín remata con media verónica



El duque de Pinohermoso torea, piteo a tierra, a su novillo

La corrida benéfica del día 7 en Escalona

Un toro de rejones para Pinohermoso y tres del conde de Tellez para Domingo, Pepe y Luis Miguel Dominguín



En un descanso, los hermanos Dominguín forman este grupo con su padre



Domingo Dominguín se adorna al torear con la muleta



Una manoletina de Pepe Dominguín



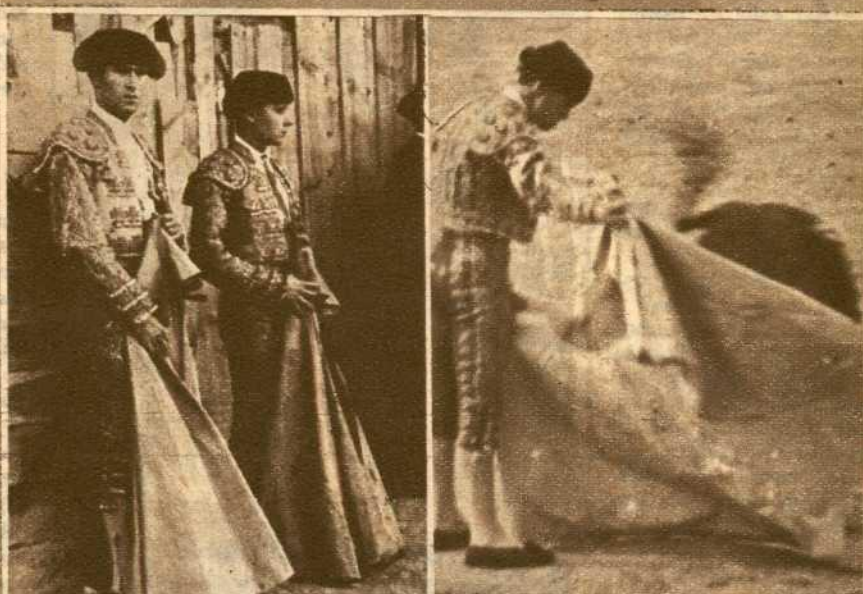
Luis Miguel torea al natural



Pinohermoso da la vuelta al ruedo

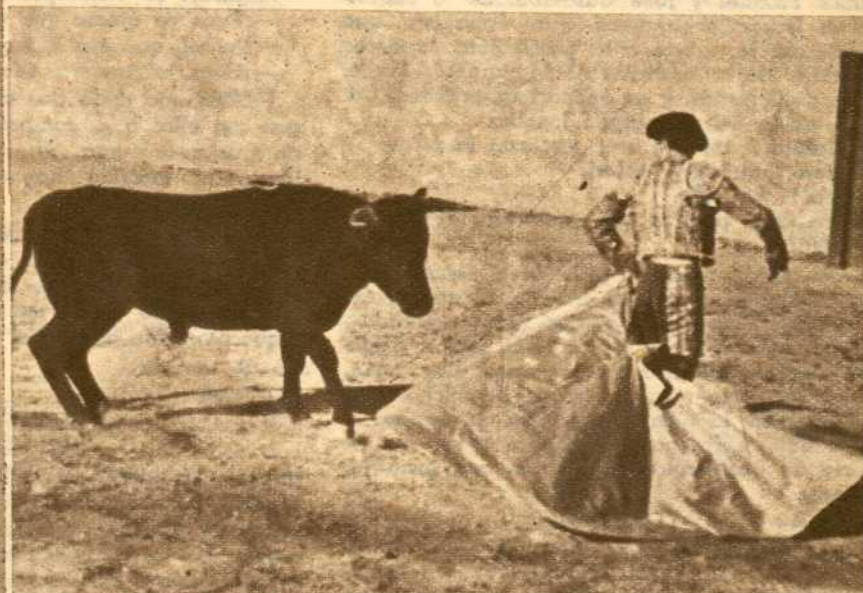
Novillada en Berlanga de Duero

Pedro Mesas, Estudiante y Rogelio Ortega



Los espadas aguardan la señal que indica el comienzo de la lidia

Una buena verónica de Rogelio Ortega (Fotos Almazán)



El estudiante se adorna a la salida de un quite



El Estudiante torea por verónicas a su primero

Lo mató Lagartijo y tenía más de un metro de pitón a pitón

—Pero, ¿usted va a la Plaza de Toros a divertirse?

—Sí, señor.

—¿Así está la fiesta?

—Ya lo ve: usted mismo la llama «fiesta».

—Para mí, como viaje aficionado, no es una fiesta: es un rito. ¿He dicho rito?

—Sí.

—Pues no lo ponga. ¿Es que desde que leo a Eugenio d'Ors...

—¿Le gustan a usted los toros grandes?

—Mucho. ¿Esos toros, cuyas cabezas disecadas asoman en algunos «colmados» andaluces como si hubieran roto la pared...? Y aquella suerte de varas... La que hoy se practica es un simulacro.

—¿Conoció usted a algunos picadores de renombre?

—En mi tiempo se hicieron famosos: los hermanos Manuel y José Calderón, de la cuadrilla de Lagartijo; Juameca, gran caballista, que practicaba la suerte a la perfección; Agujetas y Badilla, de la cuadrilla de Mazzantini; Zurito, de la de Guerrita, y en época más próxima, Camero, de la del malogrado Joselito.

—Sabían quebrantar al toro con la pica.

—Pero, ¿qué dice usted?

—Ya lo ha oído.

—No es la pica la que quebranta al toro.

—¿No?

—No, señor, no es la pica es el esfuerzo del toro, al hacer «pupa» al caballo, el que lo deja rendido. Bueno, no ponga usted «rendido»; escriba «rendido», que se entiende mejor. Aquellos artistas sabían «mojar el palo». Hoy, mientras el toro tiene «la cabeza en el colchón», el picador mete la pica y se «harta de carne».

—Bueno, pero no me negará que hoy la suerte de banderillas se ejecuta con gran lucimiento.

—Y entonces, también. No sólo por los espadas, sino por los subalternos. Recuerdo a Juan Molina y Rafael Bejarano, de la cuadrilla de Lagartijo; Valentín Martín y el Ostión, de la de Frasuelo; Antonio Fuentes, de la de Camacho, y Guerrita, de la de Fernando Gómez, el Gallo. Mucha gente acudía a la corrida para ver banderillar a Guerrita. Este alcanzó tal fama, que llegó a cobrar mil pesetas por corrida, sueldo no alcanzado por ningún otro banderillero.

—¿Ha visto usted muchas corridas?

—Muchas. Yo he visto matar, entre novillos y toros, unos dos mil. Y no exagero. Los llevo apuntados.

—¿Eran muy exigentes aquellos toreros?

—Para responderle a usted le citaré un hecho de absoluta autenticidad. En la ganadería de Siqui se crió un toro que, por su hermosa lámina, romana y jetera de cornamenta, se le conservaba en la dehesa sin enviarlo con



Rafael Molina, Lagartijo

ninguna corrida, pues el ganadero lo mostraba a los compradores con cierto orgullo. ¡Era un magnífico ejemplar! Tenía, de cuerno a cuerno, más de un metro. Este toro, llamado Hortelano, se hizo famoso. Llevaba el cornúpeto ocho años en la dehesa, y cuando se lidiaban toros de la ganadería de Siqui, se les advertía a los espadas, para su tranquilidad, que entre los astados que iban a lidiar no estaba el Hortelano. Así vivió en el campo, durante ocho años, este «monumento». Ningún torero se atrevía con él.

Le tocó a Lagartijo lidiar una corrida de toros de Siqui, y el apoderado le dijo: —Rafael, el Hortelano no va.

Lagartijo se encrespó:

—¿Pues yo quiero que vaya!

—Rafael, que ese bicho tiene ocho años.

—¿Como si tuviera más que Matusalén!

—Mira que tiene dos cuernos como para jugar con ellos a la comba. Según dicen, tienen, de punta a punta, un metro quince, y para llegar al morrillo hay que poner una escalera.

—Pues a «ese» lo mato yo. Ya lo sabes: para aceptar la corrida que se me ofrece impongo la condición de que venga en ella el toro Hortelano y que me corresponda a mí esloquearlo. ¿Me has oído?

—Sí, maestro.

—Pues al avío.

Y se hizo como mandó Rafael. El Hortelano, con ocho años y dos cuernos como lanzas de torneo, fue lidiado en la Plaza de Badajoz, matándolo Lagartijo, sin alivios, entrando de cerca y por derecho, colocando Rafael el estoque en las propias agujas, y como la separación, de pitón a pitón —como ya hemos dicho—, excedía de un metro, el maestro tuvo que encunarse, saliendo rebotado. La cuadrilla, bien colocada de antemano, se llevó al toro, que instantes después rodaba sin la actuación del puntillero, en tanto Rafael Molina escuchaba una clamorosa ovación.

La cabeza de aquel hermoso toro fue disecada y ha estado expuesta en el Club Guerrita, con un cartelito grabado en plata que decía textualmente: «Toro de la ganadería de Siqui, lidiado en Badajoz el 16 de agosto de 1886. Fue muerto magistralmente por Lagartijo.»

Al disolverse, hace poco, el Club Guerrita, la cabeza del toro Hortelano fue colocada en un local del Círculo de la Amistad, de la bella ciudad de Córdoba.

JULIO ROMANO



Recuerdo de una cornada

PARA el domingo 15 de octubre de 1883 se anunció en la Plaza de Toros de Pamplona un «grandioso festival taurino». Por esta vez el ponderativo grandioso no estuvo de más. Por lo menos, para mí. En este grandioso festival taurino un novillo de don Alfonso Díaz tuvo a bien propinarme una «grandiosa» cornada. En estas mismas páginas, la semana pasada, Luis Calvo, dilecto amigo e insigne escritor, me dedicó unos elogios, que mucho agradezco, envueltos en un reparillo: el de que yo sería un crítico de toros perfecto «si de cuando en cuando se liara con unas becerrillas bravas. Porque no le falta inteligencia, aunque le sobre miedo». En efecto, querido Luis Calvo, ante una brava becerrilla tengo miedo. Pero tú juzgarás si este miedo está justificado, después de leer la breve descripción de mi pericance en la Plaza de Toros de Pamplona.

Yo no estaba anunciado para actuar en el referido festival. Los matadores o comprometidos eran: Nifio de la Palma, Maravilla, Chiquito de la Audiencia, José Parejo, Claude Popelin y José A. Carretero. Fui a Pamplona acompañando a Claude Popelin, «aficionado parisino», como notaban los carteles. Iba, por tanto, a divertirme presenciando las proezas de los diestros, todos amigos, y de mi mayor intimidad, Popelin. Valido de ella, tuve acceso al callejón como ayuda de mozo de espadas. Y desde antes del paseíllo por allí deambulé, botijo en mano. Este botijo, adminículo imprescindible en los trabajos de toda cuadrilla torera, no contenía agua, sino coñac francés, entonces al alcance de modestas fortunas, entre ellas la mía. El botijo, mejor dicho, el coñac, tuvo un éxito loco. No sólo de los tendidos, sino también del ruedo, me lo sollotaban a cada instante. Y allá iba yo, botijo en ristre, prodigando exquisito coñac francés.

De cuando en cuando, como creo que es natural, me atizaba un trago, en uso de un legítimo derecho. Ustedes ya conocen la singular euforía que produce todo coñac, máximo más si es francés. Así que no extrañará que me sintiera torero. Había toreado en muchos tentaderos. Conocía bien la técnica de las suertes del toro. Al que no conocía tan a fondo era al coñac francés. Popelin había obtenido un triunfo clamoroso en la lidia y muerte de su novillo. Y me dije —bueno, me dijo el coñac—: «Antonio, si das tres lances y media verónica, vuelas la Plaza, y a lo mejor te tira otro zapato esa admiradora que a Popelin le arrojó, llevado de su entusiasmo.» (Popelin querido, ahora, al cabo de los años, te lo confieso. Más que por tu volapié magnífico, lo del zapato fué obra del no menos magnífico coñac, paisano tuyo, y que yo suministré abundantemente a la

querida espectadora.) Pero ni mi euforia, ni mis deseos de apoteosis eran tantos como para tirar al ruedo como un vulgar espontáneo, recién nacido el bicho. No; esos conocimientos taurinos, que con reservas me reconoce Luis Calvo, me desahogaban las falaces voces del coñac: «Espera, que el novillo pierda fuerza, que se aquiete; entonces es tu momento.» Y tanto esperé, que ya Martínez Carretero —a quien pertenecía esto— me dijo el animal por mí elegido para achicar a Popelin— lo había entrado a matar e intentado el descabello, cuando me decidí a saltar a la arena, substituyendo en mis manos el botijo por un capote. Desde luego, esta precaución no era miedo, te lo juro, Luis Calvo, sino eso que tú llamas benévola—mente la finura de mis conocimientos taurinos. Mi presencia en el ruedo no extrañó a nadie, salvo al novillo. Al novillo, sí. Me vió en seguida, y a pesar de que no le quedaba mucha vida, se vino para mí como un rayo, casi sin darme tiempo a desplegar el capote. Desdénando la tola, que le tendía hecha un lío, noté que me pegó un palo en la parte superior del muslo izquierdo, y siguió su camino al hilo de las tablas, en busca de un rincón propicio para echarse y morir. Además del palo, noté mi fracaso, y plegando mi capote muy jaca a rodosamente, me metí entre barreras por la boca de un burladero. Y



He aquí el toro que quitó del ruedo al autor de este artículo

en esto se me acerca Maravilla y me dice: «¿Qué le pasa? Vente para la enfermería, que estás muy pálido.» «¿Si no tengo nada!» «¡Vente para la enfermería!» Y cogiéndome del brazo me acompañó. Entramos en el quirófano, y Maravilla me ordenó: «Quítate el pantalón.» Maquinadamente obedecí. ¡Dios mío, a la altura de la ingle izquierda enrojecía la albura de mi calzoncillo una gran mancha de sangre! ¡El animalito no se quiso ir de vao de este mundo, y ya que a Martínez Carretero, al que había cogido dos o tres veces, no pudo sino romperle el pantalón, a mí, sin romperme, ¡loor a Tarrasa!, me dió una cornada de la que tardé en curar dos meses. ¡Ah, y eso que tenía los pitones cortados! ¡Para que luego critiquemos ese afutado, que tanto nos indigna! Comprenderás ahora, querido y admirado Luis Calvo, el por qué no desarrollé mis conocimientos teóricos de treint años de aficionado ante las becerrillas bravas. Disculpa mi miedo. Alabo tu valor, que te permitió, quieta la planta, sereno el corazón, mover tus brazos, cargando la suerte, ya en la verónica, ya en el pase ayudado, airosa la figura. Sigue por ese camino, que la literatura proporcione nombradía, pero no dinero. En los toros está. Que ellos te sean propicios y te respeten, ya que a mí me corrió los vuelos un novillo en Pamplona.

ANTONIO DIAZ-CARABATE

El torero perfecto



Pedro Romero

¿CUAL es el torero perfecto?

Antes de responder a esta pregunta conviene discriminar lo que entendemos por perfección en la lidia de reses bravas. Y lo que, por contra, consideramos como imperfección en los lidiadores profesionales, nos lleva de la mano a dividir la torería en dos grupos fundamentales; de un lado, los toreros imperfectos, y del otro, los toreros perfectos.

Pero entiéndase bien que al hablar de estos dos linajes de lidiadores lo hacemos con altura, es decir, sin menoscabo ni desdén para

los toreros que, por contraposición, llamamos imperfectos. Nuestra visita abarca, en este caso, la espuma de la torería en el arte y el valor. Con sangre de toreros imperfectos están escritas en los anales del toro las gestas más heroicas. Y con luz meridiana inteligente las hazañas más bellas de los toreros perfectos. Con esta distinción pretendemos solamente establecer la diferencia que va del cerebro al corazón, del cálculo al impulso, del coraje a la sabiduría. Porque en estos dos tipos humanos extraordinarios vemos cifrada la imagen radiosa de la fiesta de los toros. El uno es armonioso el otro, desarmónico. El primero es Apolo; el segundo, Dionisio.

Concretamos ahora nuestro pensamiento bautizando los dos tipos de lidiadores con sendos nombres clásicos. Imponemos al torero imperfecto el nombre de Pepe-Hillo, y señalamos al torero perfecto con el nombre de Pedro Romero.

Dice el vulgo que el arte de los toros es la lucha del hombre con la fiera. Esta denominación es hiperbólica. El hombre está incapacitado físicamente para la lucha abierta con un enemigo de tan rudas y terribles armas naturales. Su contumacia ósea y muscular es una pluma en el viento que respira el toro. ¿Qué hace el hombre ante el toro? Torear. ¿Y qué es torear?

¡Engañar! Consideremos entonces el arte de torear —o de engañar— en el gran torero perfecto. Su arte peligroso se nos aparece en momentos significativos, llamados suertes. ¿Y qué es una suerte? Un lance. Cada suerte es un lance. Y en uno de los lances, una vida puede pender de un caballo. El torero, al ejecutar la suerte, crea el lance. Y al crearlo, como pone la



Guerrita

vida en el empeño, lo ha de resolver sin riesgo de su vida... ¿Cómo? Aquí entra el auténtico sentido de la palabra suerte: sorteando el peligro, sorteando la muerte. ¿Y qué es sorteando? Eludir, huir, salirse limpiamente de la suerte. ¿Con qué? Con destreza, destreza y destreza. De ahí que al torero digno de este nombre se le llame diestro por antonomasia...

¡Di-estro! Pero la destreza del torero no es la simple destreza del gimnasta del circo, de la palestra o del deporte. La destreza del torero ha de llevar en sí el elemento estético de la gracia, de la forma bella en movimiento. Y esa sobria manana destreza ha de ser con-

jugada, sopesada y contrastada en un trance renovado de riesgo mortal... ¡Tal es la destreza sin par que arrebató a las multitudes!

Veamos ahora las cualidades y calidades que han menester los toreros perfectos. Con los dedos de una sola mano apenas se pueden contar estos seres extraordinarios en dos siglos y medio de torero. Para representarnos con verdad este tipo supremo de torero hemos de acudir, en primer término, a representarnos al toro. Y ello es esencial, porque el toro es justamente la medida del torero. En el toro reside la fuerza que el toro necesita, como en el hombre desnudo preexiste la forma del traje que ha de vestir. Torero y toro son así un círculo biológico funcional, en el que el toro, punta, y el torero, contrapunto, se tienen un diálogo de percepciones, acciones y reacciones que deben terminar con el bello triunfo de la inteligencia sobre la fuerza bruta. El torero ha de tener un tacto finísimo, una pulsación extrema en su sagra con el toro. Así como la araña envuelve a su presa con hilos sutiles de finísima seda, así el torero perfecto debe envolver a la suya en los lazos impalpables de la muleta para llevarla a la muerte sin que la fiera la sienta llegar. El torero, soberano admirable de su intelecto, de su vigor, de su sistema nervioso, ha de aplicar al toro —antes que la prescripción de los cánones o las hazañas de su repertorio— la fuerza específica inherente al toro mismo, por su casta, sus cualidades, taras o resabios. Esta ciencia intuitiva no se aprende. El torero nace y no se hace. Quizá el torero de raza sea producto de una herencia, de un atavismo remoto...

Ciencia intuitiva he dicho. Y arte también. Ciencia tan penetrada de arte, y arte tan penetrado de ciencia, que son a la par el arte de la ciencia y la ciencia del arte en el calidoscopio luminoso de la tarde torera. Ciencia difícil es el arte fácil del torero ejemplar. Arte único, tatuado en la impronta que llamamos estilo, sello individual, rúbrica del genio, huella del alma artista en la obra acabada. Tal es el torero que podríamos llamar olímpico, el torero perfecto que, por su pureza estética, excluye al desplaneo y el adorno del barroquismo actual, petición frívola del aplauso, con efectos teatrales y mudos latigillos en acción...

Pues bien: cuando este torero excepcional aparece en la realidad de los ruedos, los públicos lo discuten y requebran el aplauso porque entienden que, como son toreros sabios, no emocionan, no emocionan... Así, Guerrita, y así, Joselito. ¡Y vino Talla! Por eso, los ídolos de la pasión plebeya son los toreros imperfectos, de bravura tan rudimentaria como la del toro.

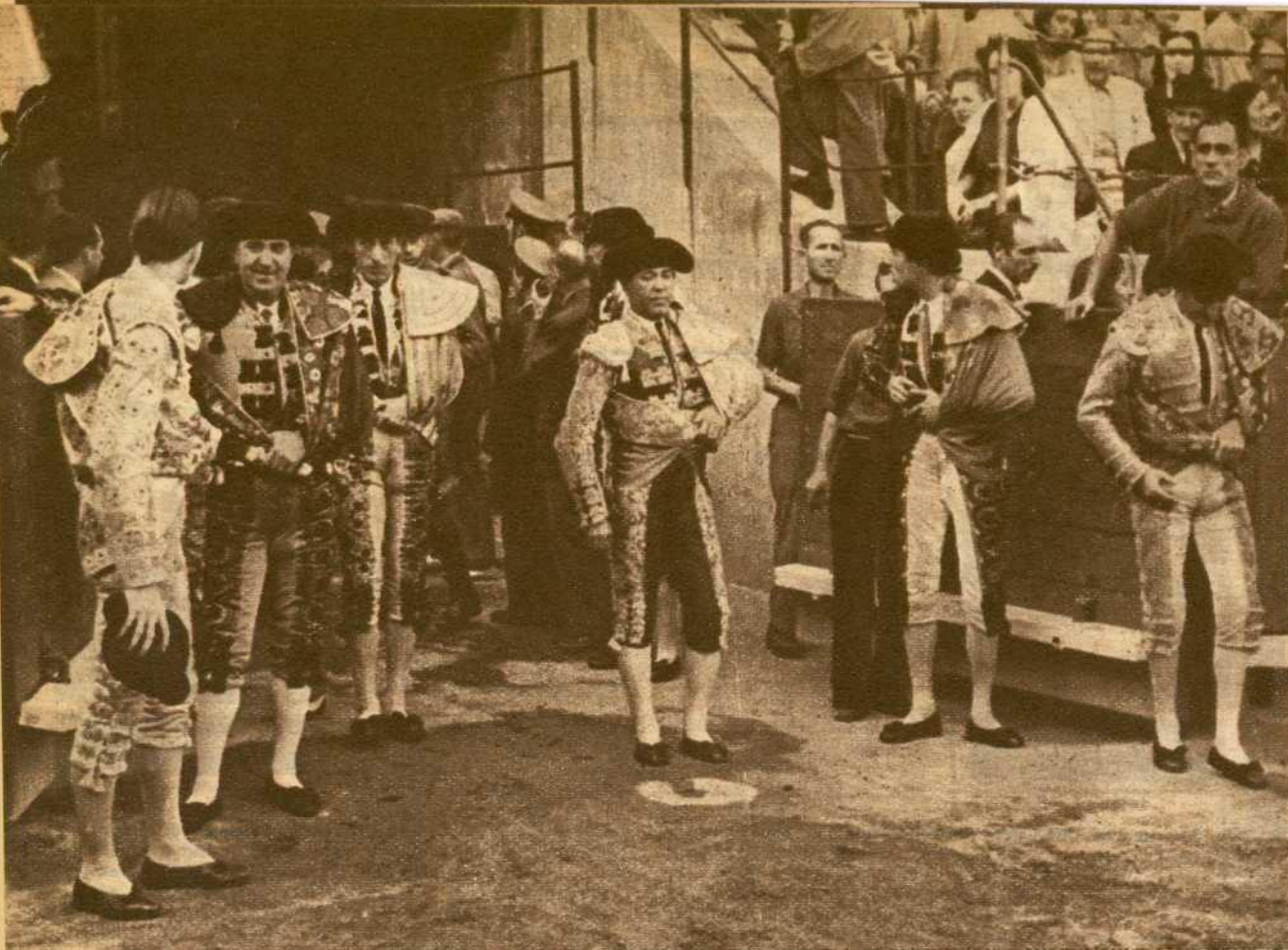
Para la plebe, los redactores son superiores a los ases.

Pero nosotros preferimos los ases cuajados en la sabiduría del torero perfecto.

¿Lo hubo alguna vez? ¿Ha existido en realidad este torero de selección? FEDERICO OLIVER



Joselito



Las cuadrillas hacen el paseo sin Luis Miguel, que a esa hora se encuentra todavía en el aeropuerto de Barajas

Seis toros de don Salvador Guardiola

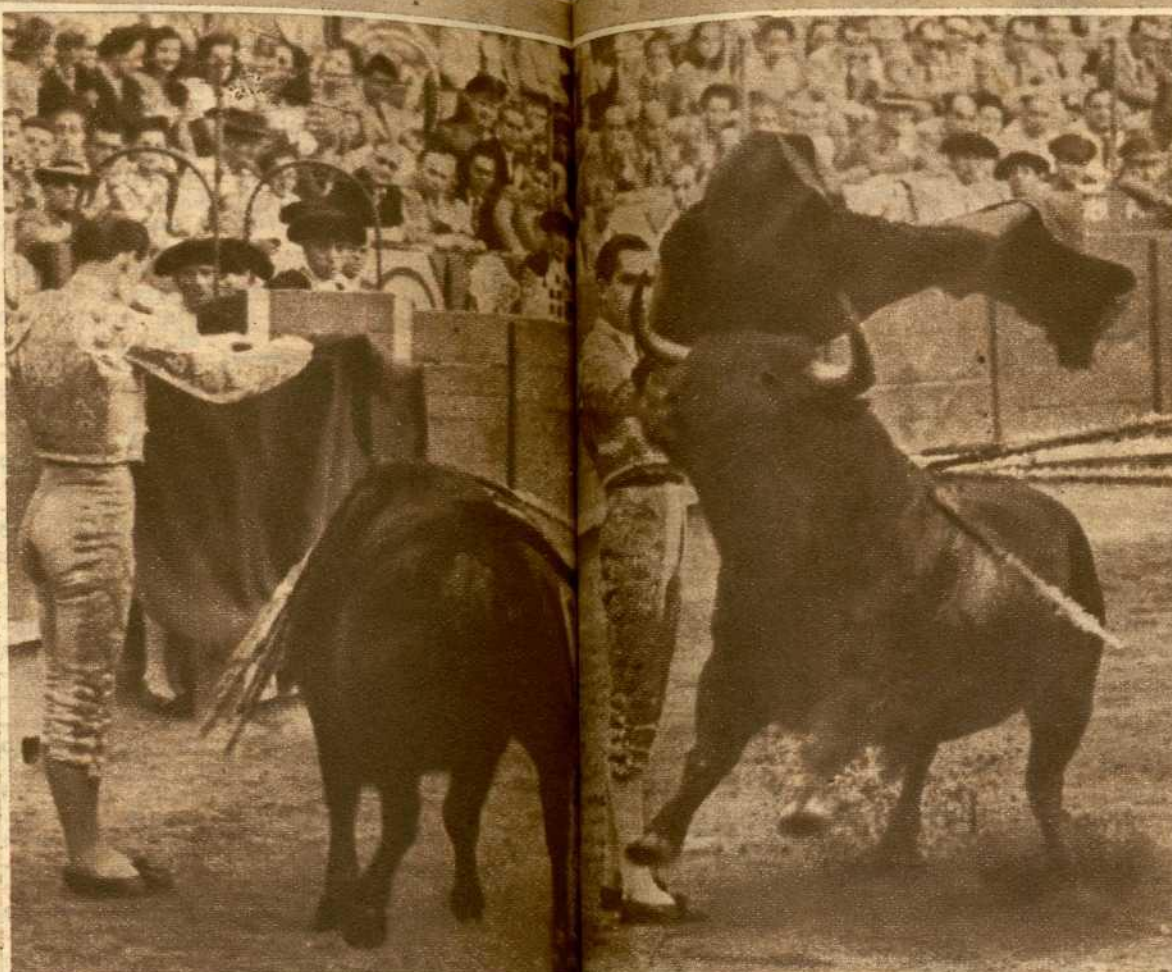


Belmonte, en una manoletina a su segundo toro



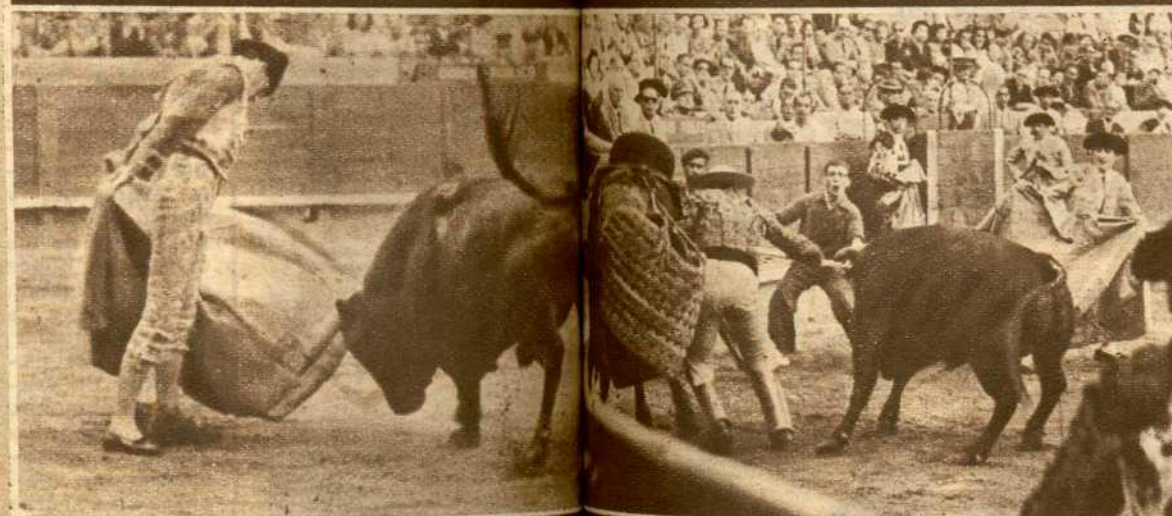
Lola Membrives devuelve la montera a Rovira, que le había brindado un toro

LA CORRIDA DEL DOMINGO DIA 6 EN BARCELONA

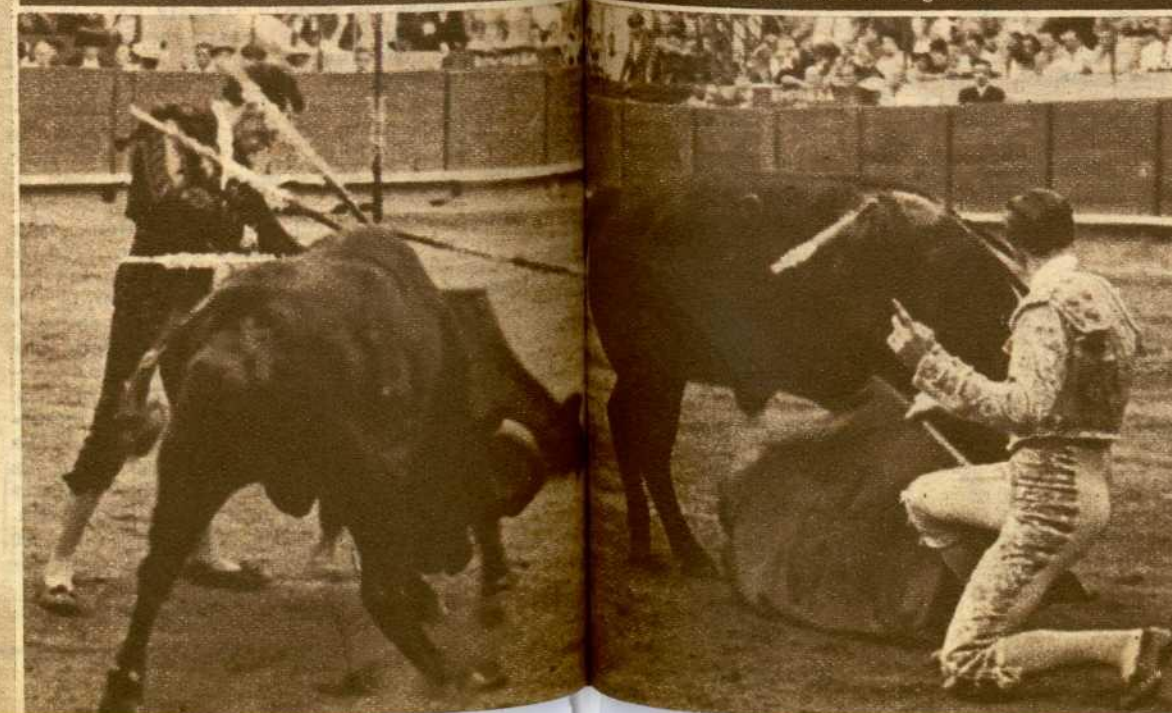


El argentino inicia la faena de muleta a su primer toro

Un muletazo por alto de Juanito Belmonte

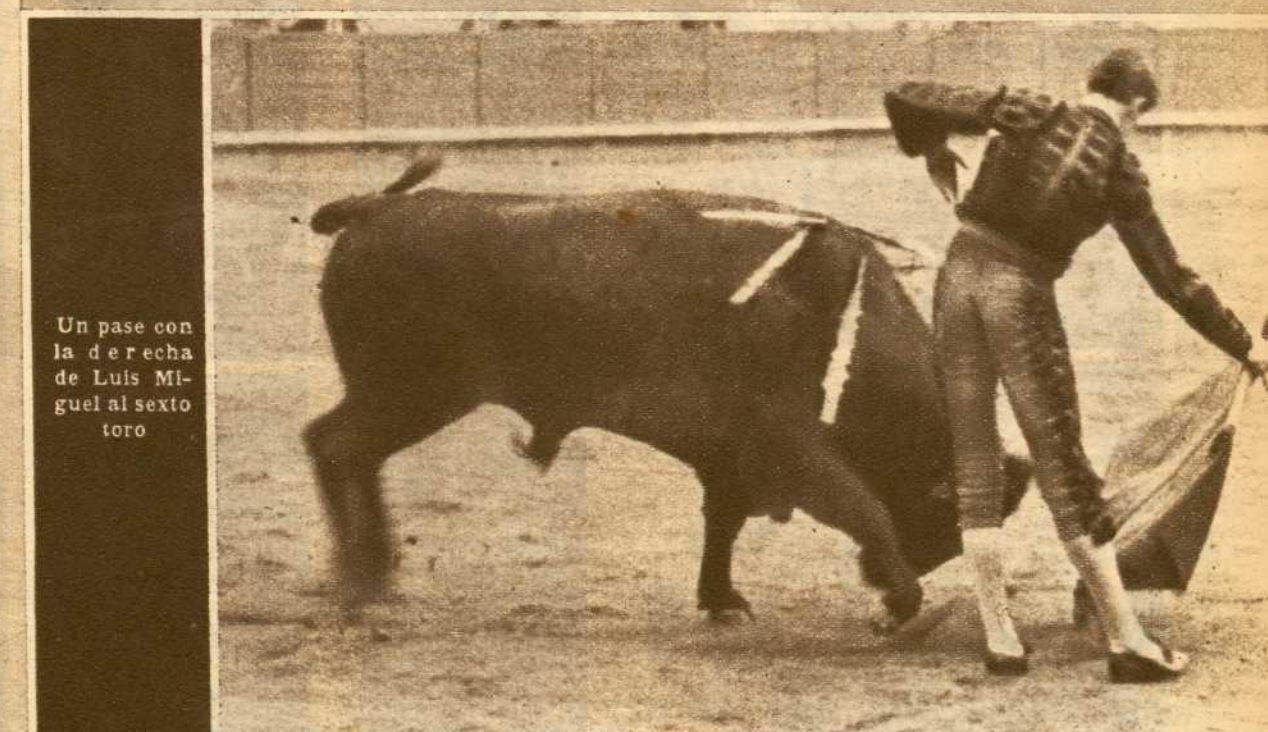


Rovira hace un quite con el capote a la espalda. — Una situación de peligro, y Rovira al quite. — Abajo: Un jo: Luis Miguel, que llegó al final de la corrida, se adorna de Rovira durante la faena de muleta que hizo el argentino a su segundo

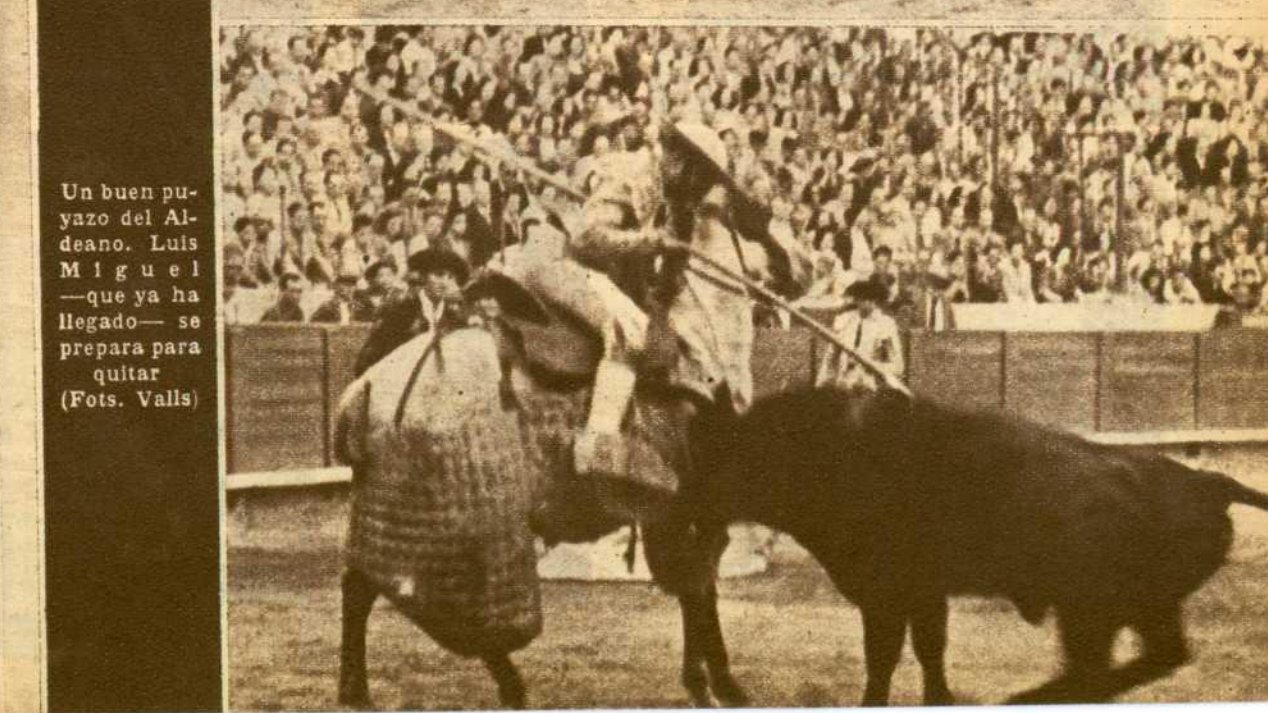


Juanito Belmonte torea por verónicas al primer toro que le correspondió en suerte

JUAN BELMONTE, ROVIRA Y LUIS MIGUEL



Un pase con la derecha de Luis Miguel al sexto toro



Un buen pu-yazo del Aldeano. Luis Miguel — que ya ha llegado — se prepara para quitar (Fots. Valls)

UN REPORTAJE DEPORTIVO - TAURINO

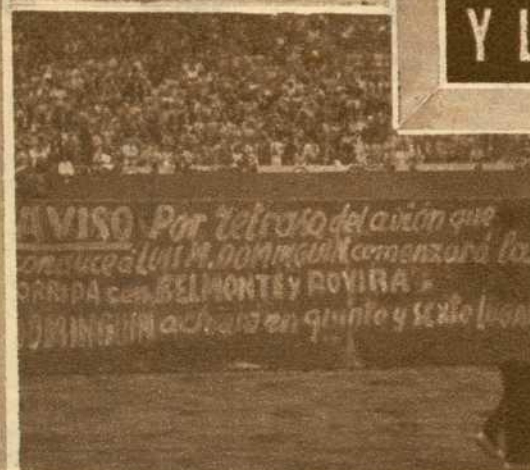


Juan Belmonte y Rovira descansan en el estribo de la Plaza de Barcelona. Luis Miguel, que debía alternar con ellos en esta corrida...

... está en estos instantes Barajas. Su mozo viste de luces y los pasajeros que llegan de Roma creerán encontrarse con la clásica española...



HOY LAS CIENCIAS ADELANTAN... Y LAS DISTANCIAS NO EXISTEN



Mientras, el público de Barcelona ve cómo pasean por el ruedo esta gran pancarta, en la que se anuncia el retraso sufrido por Luis Miguel Domingo...

Vestidos de toreros, Luis Miguel y su cuadrilla proceden a obtener los billetes. Estos han de ser hasta Bruselas, aunque se apeen en Barcelona...



Y Mari obtiene este grupo, en el que el personal del aparato y los toreros discuten sobre un equipaje que no aparece...

Al ver a los toreros vestidos de luces, el piloto se extraña un poco de la clase de viajeros que va a llevar en el viaje...



Y lo propio le ocurre a la camarera del avión, que no ha visto nunca «toreros» en su propia salsa, y cree asistir a un acto de la ópera Carmen...

Y por fin... suben la escala, porque el tiempo apremia. Hay que recorrer la distancia a Barcelona, y la corrida ya ha empezado allí...



El picador Maquina, el banderillero Angelete y Luis Miguel Domingo se han acondicionado ya y esperan que el aparato despegue...

Minutos después, Luis Miguel Domingo estará pasando de muleta a este toro de Guardiola, ante el público catalán...

(Reportaje gráfico de Mari, en Madrid, y Vals, en Barcelona)



AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

EPISODIOS Y PRIMER OLE! DE LA VIDA TAURINA DE GARCIA SERRANO



brillante escritor cuando le hemos preguntado:

—¿Cómo se aficionó usted a los toros?

—Cuando me llevaron por primera vez a una corrida, quedé ya para siempre entusiasmado por la fiesta.

—¿Y eso fué...?

—En Pamplona... Mi historia de aficionado tiene, en su principio, dos episodios, parecidos a esos violentos rasgos de vocación que vemos en el primer capítulo de algunas biografías: Mi padre me llevó a los toros con la intención de que apreciara mi joven inteligencia toda la barbarie de las corridas. Yo estaba deslumbrado por el espectáculo de la Plaza llena, por lo que pasaba en el ruedo, por todo, tan nuevo, mientras él me decía: «¡Ves, hijo, qué espectáculo tan inhumano son las corridas de toros...? Por eso, en el extranjero se nos considera...» En fin: todas las reflexiones que hacen siempre los no aficionados.

Y de pronto, yo, que seguía con mucha más atención lo que pasaba en la arena que las palabras de mi padre, dije un «¡Ole!» tan entusiasmado, que hizo fracasar el persuasivo discurso.

RAFUEL García Serrano nació ya aficionado a los toros. El no lo sabía, claro. Pero cuando fué a la Plaza por primera vez, a ver una corrida seria... Es una bonita historia. Nos la ha contado el brillante escritor cuando le hemos preguntado:

so. No volvieron a llevarme a los toros...

Pero una vez —era día de Corpus, y mi madre me había endosado un extraño delantalito a rayas, para resguardar mi traje nuevo— seguí, con otros chicos, la música que recorría las calles anunciando la corrida, y, siguiendo el ejemplo de aquellos aficionados precoces, pedí a un señor que me pasara con él a ver la corrida. Tardó bastante, el pobre, en comprender que yo no era un golfo, sino un verdadero entusiasta de los toros. Y fué necesario para ello que rechazara el duro que me ofrecía para que me fuera a casa, y que descubriera mi flamante trajecito bajo el delantal a rayas...

—Usted tenía afición, como tenía higado, desde que nació. Es usted un caso de afición biológica. Lo raro es que no se le haya ocurrido nunca ser torero.

—No es raro si se tiene en cuenta lo peligrosos que son los toros. Se necesita mucho valor. Sin embargo, toreé por primera vez, a los diez años, uno de esos chotitos que echan a los chicos para que jueguen a que son toreros. Después he corrido varias veces en las fiestas de Pamplona, cuando sueltan los toros por las calles. Y toreo muy bien a las sillas. Tengo un buen estilo. Realizo todas las suertes, menos la del teléfono...

—¿Qué es lo mejor de cuanto ha leído de toros?

—Casi me da vergüenza decirlo.

—¿Porque es suyo el libro?

—No, no... Porque es un libro de autor extranjero: «Los bestiarios», de Motherland.

—¿Le gustan los toros como tema literario?

—Sí; pero no como se ha tratado hasta ahora. Las novelas y las películas de toros giran siempre alrededor de los amores de un

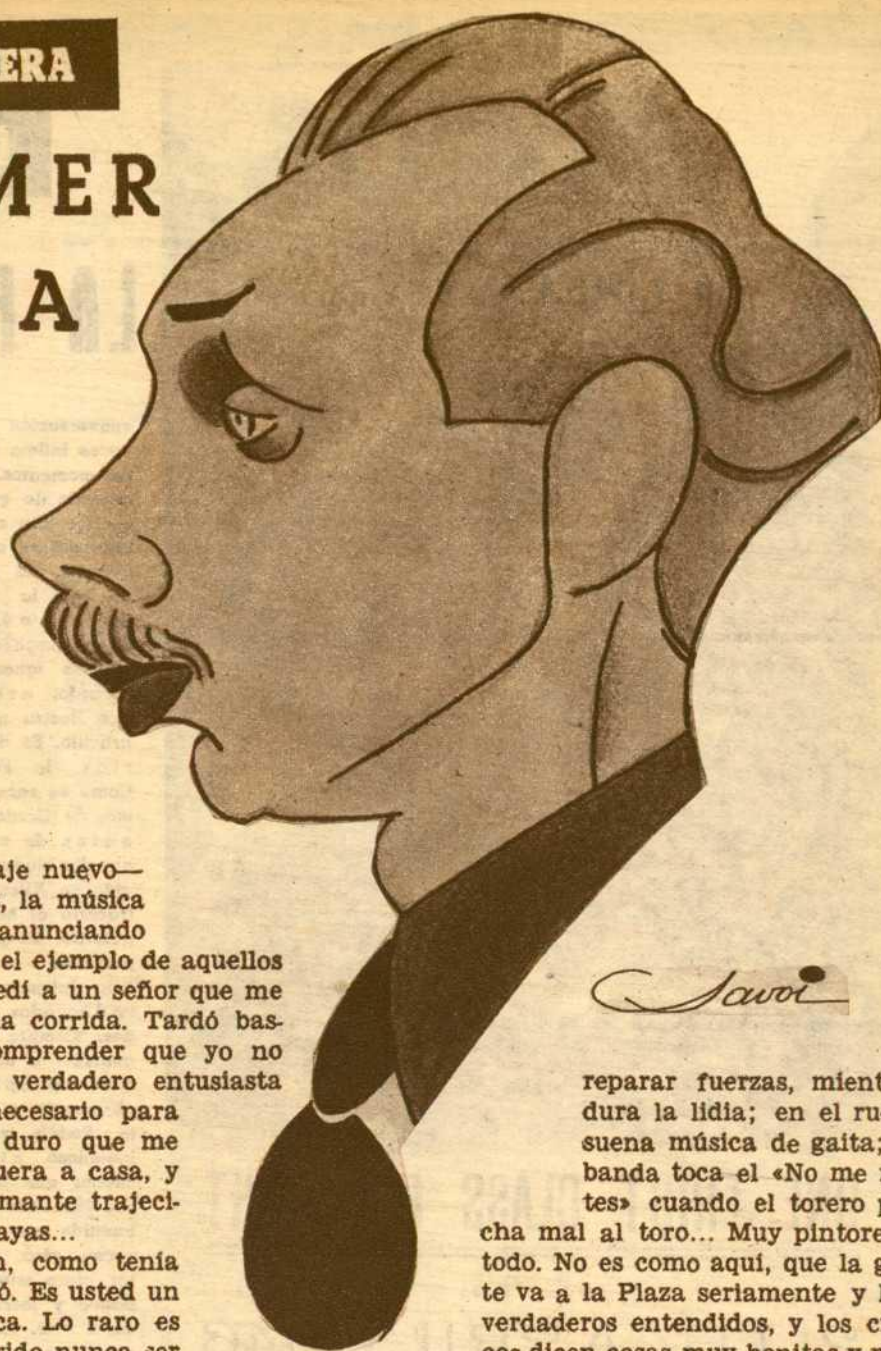
—¿Le gustan las corridas de su tierra, de juerga flamenca y chatos de manzanilla. Hay que tratar el tema un poco más exteriormente y poner un poco de interés en el elemento importantísimo de una corrida, que es el toro.

—Algo así como dar al toro lo que es del toro, y al torero lo que es del torero. ¿Piensa usted hacer otro libro de toros?

—Tengo en proyecto una novela, cuyo argumento se desarrollará en un día de corrida. Pero no sé cuándo la haré, porque apenas tengo tiempo para ocuparme de ella.

—¿Le gustan las corridas de su tierra, de Pamplona?

—Sí; son distintas a las de Madrid. Allí los toros son un espectáculo más de las fiestas. La gente va con cazuelones de comida, para



reparar fuerzas, mientras dura la lidia; en el ruedo suena música de gaita; la banda toca el «No me mates» cuando el torero pincha mal al toro... Muy pintoresco todo. No es como aquí, que la gente va a la Plaza seriamente y hay verdaderos entendidos, y los críticos dicen cosas muy bonitas y muy literarias que nadie comprende.

—¿Ha visto usted torear a alguna de las grandes figuras que ya han desaparecido de los carteles?

—A pocos: A Juan Belmonte, a Sánchez Mejías, al Gallo...

La entrevista se va acabando.

Pero queremos exprimir hasta el final esta simpática entrevista. Por eso buscamos aún otra pregunta más.

—¿Qué es lo que más le gusta de una tarde de toros?

—Todo. Me gustan tanto los toros, que no veo nada digno de desperdiciarse. La vuelta al ruedo es muy bonita. Y nadie la da como Manolete: tan majestuoso, tan elegante... No hay otro como él.

El lápiz de «Savoi» está fijando en un bloc los rasgos de García Serrano, y cuando éste se da cuenta, su entusiasmo se acaba. ¡Eso de que le roben a uno un gesto de aficionado, es una cosa muy grave!

Y ya no nos queda más que esperar a que el caricaturista termine su labor.

Mientras tanto, y para dejar en mayor libertad al modelo y al artista, nos enfascamos en nuestros apuntes, tratando de poner en orden las contestaciones que García Serrano ha hecho a nuestras preguntas.

Pero «Savoi» termina antes que nosotros, y nos ponemos en pie.

La charla ha terminado, y el apretón de manos de ritual pone el punto final a la entrevista.

PILAR YVARS

TOROS

LA LINEA de la Concepción



ONE FIRST CLASS BULLFIGHT

on the
21TH APRIL 1946

He aquí un cartel de toros de La Línea, en el que pueden verse los datos del espectáculo escritos en inglés. Nos gustaría conocer el gesto de los toreros cuando leyeran que iban a lidiar seis selectos bueyes...

FERIA de abril en Sevilla, fiestas de San Fermín en Pamplona o la Semana Grande en San Sebastián. Da lo mismo: feria española. Feria que no se concibe sin corridas de toros y carteles inmensos, y bullicio jaranero por todas partes: «Al fin viene tal ganadería», «Torea tal...», «Ese no vendrá». Día de toros. Día con octava y vigilia. Vigilia larga, en la que no se vive más que para la combinación del día siguiente; octava en que se comenta la corrida, muchas veces con decepción y con disgusto. Y en estos días de vigilia y en estos días de octava es cuando nace, enormemente útil, la propaganda.

Propaganda en los carteles, pregón emocionante de luz, color y armonía. Propaganda en la radio —¿quién no ha sentido deseos de ir a los toros al oír por la radio el pasodoble de Gallito, de Manolete o de Ortega?—, con sus marchas vibrantes y sus dianas. Propaganda en los periódicos, con las reseñas de los últimos éxitos y con las fotografías de tal torero en un magnífico natural o en una trinchera a dos dedos de los pitones. Propaganda de la misma gente, que cuenta y no acaba. Toda esa propaganda —mucho de verdad y, ¿por qué no decirlo?, algo de mentira— es ya conocida por los aficionados. Pero hay otra, casi desconocida, que está oculta para muchos de ellos.

El aficionado es un hombre expansivo. El desea que sus amigos de otras poblaciones se enteren del cartel completo que él disfruta. ¿Quién sabe si será una tentación para el amigo, ausente hace tiempo, que hará que venga a la ciudad a las ferias? El aficionado es siempre un buen amigo. Es en todo el hombre que encontramos en los toros en nuestra vecina localidad, que no puede pasar un rato sin trabar conversación con nosotros,

ro, con el que le rompió un hombro. «Y por eso —concluye la aguda leyenda de la postal— el diestro cordobés no pudo actuar en la capital de Navarra.»



Tarjetas postales que circularon en Navarra anunciando las ferias pamplónicas

DETALLES IGNORADOS

LA PROPAGANDA DESCONOCIDA

conversación que a veces intima a los pocos momentos. Y el aficionado de que hablo escribe una carta o una postal al amigo ausente. Ha encontrado ya la solución: ese sobre o esa postal de propaganda que muchos ignoran. Por ejemplo, esa postal que ilustra nuestro artículo. Es de las ferias de Pamplona. Como se sabe, el Pasmio, de Córdoba, días antes de actuar en aquella ciudad, fué cogido en Alicante y se fracturó el hombro izquierdo. La postal representa —acaso malicia intencionada de indignados aficionados, siempre intranseguros— a un clásico mozo pamplónico abrazando a Manolete. Podéis verlo. La ingeniosa historia cuenta que Manolete, ese Manolete tímido y humilde que pocos conocen, pisó, sin querer, claro está, al simpático y forzado vasco. Y éste, rudo como todos los de esa tierra sanísima, maquinó el abrazo al torero.

Bull-Fight at

LA LINEA DE LA CONCEPCION

ONE FIRST CLASS BULLFIGHT the 21nd of APRIL 1946

A GRADUATION CEREMONY IN WHICH PACO LARA WILL RECEIVE HIS MULETA FROM THE FIRST SWORD "ANDALUZ" WILL BE HELD. THIS CEREMONY HAS NOT TAKEN PLACE IN THE LA LINEA ARENA FOR MORE THAN 40 YEARS.



SUNDAY THE 21th. AT 5'30 P.M.

6 SELECTED BULLS

FROM THE FAMOUS BREED OF D. RAMON GALLARDO

will be baited and killed by the famous bullfighters:

Manuel Alvarez ANDALUZ

(From Sevilla)

Jaime Marco EL CHONI

(From Valencia)

PACO LARA

(From La Línea)

ACCOMPANIED BY THEIR CUADRILLAS

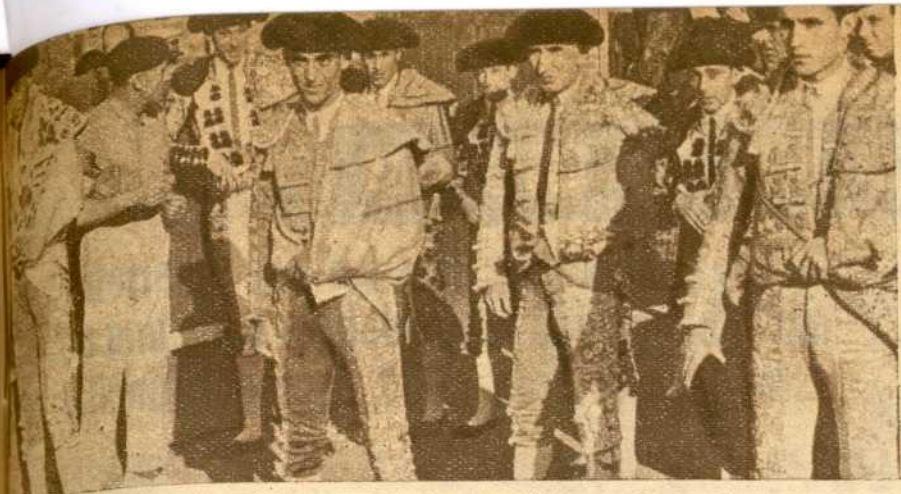
Anverso del cartel en que se anuncia una corrida de toros en La Línea

El amigo ausente, en su casa, quizá una mañana solariega, quieta, toda en silencio, lejos de la ciudad en fiestas, ha recibido la carta. Se la ha dejado en la mesa del despacho, y él la ha cogido con indolencia, mientras comenta: «De seguro quiere que vaya a las corridas de San Fermín. La verdad es que no sé qué hacer.» Rompe el sobre gris de la carta. Es un sobre de propaganda. Lleva el escudo de la Villa; es ancho, grande y tiene escrito en negro los carteles de la feria. Allí están los nombres de las ganaderías y de los matadores. Al leerlos le corre por el cuerpo ese gusanillo loco de la afición. Se siente ya en la Plaza, llena de público y de sol. Ve, con la imaginación, una chicuelina garbosa y alegre; acaso al leer recuerda aquel derecho rondeño y duro y aquel natural largo, sencillamente magistral, que vió dar en una tarde de gloria...

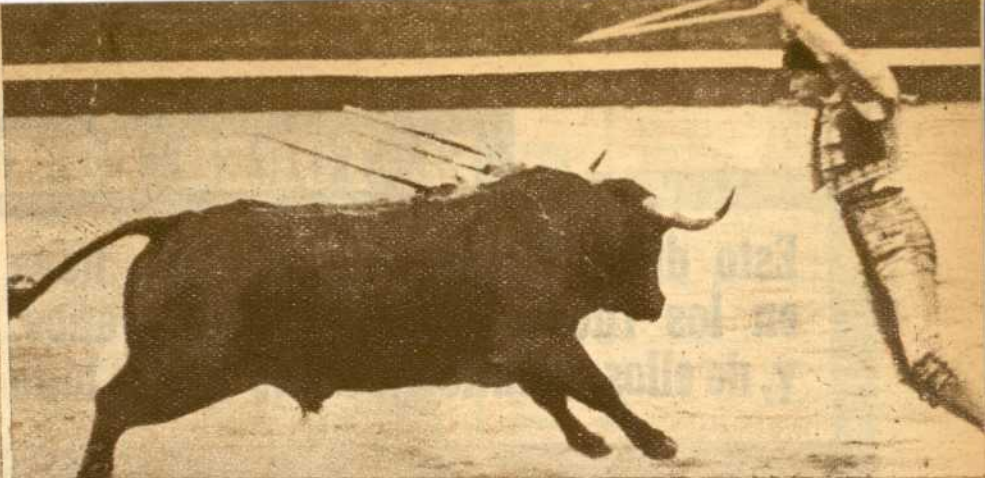
Ya no duda.

Ha decidido ir a Pamplona...

GIL ARMANGUE



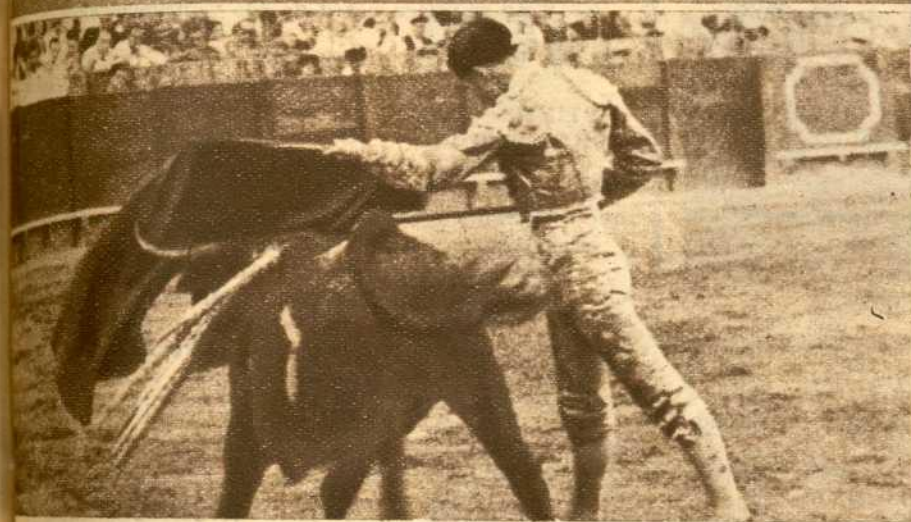
Los espadas se preparan, junto al portón, para hacer el paseo
(Fotos Arenas)



Así banderillea Magritas, sin que le importen las arrobas ni los pitones de los toros...

Novillos en la Maestranza de Sevilla-Reses de Covalada PACO RODRIGUEZ, CHAVES FLOREZ Y JUAN GARCIA

Mella y Magritas se van a Portugal a banderillear en pareja



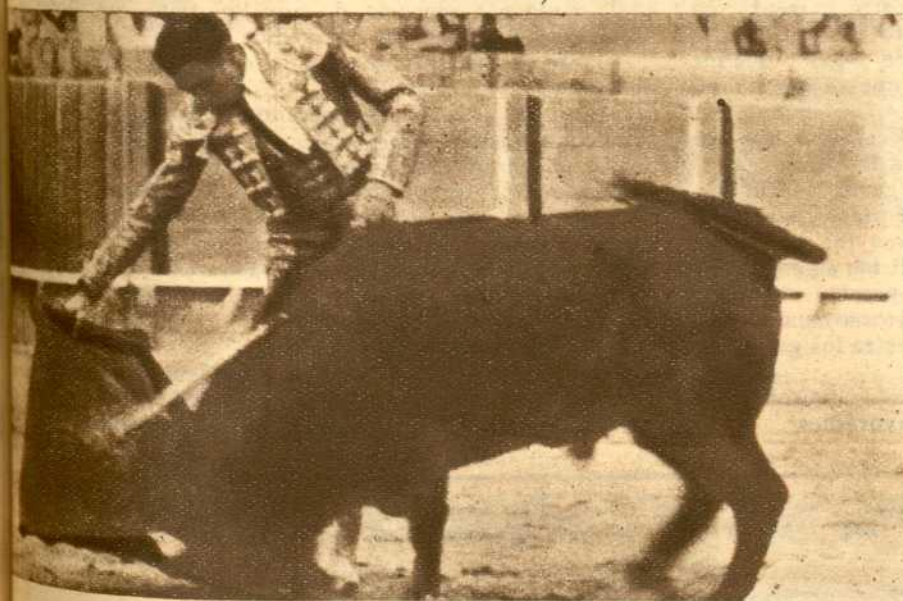
Un buen muletazo de pecho con la izquierda de Paco Rodríguez



En la foto, Mella y Rafaelillo, con Luis Suárez, Magritas, en la época Laguna, el mozo de espadas del Niño de la Palma

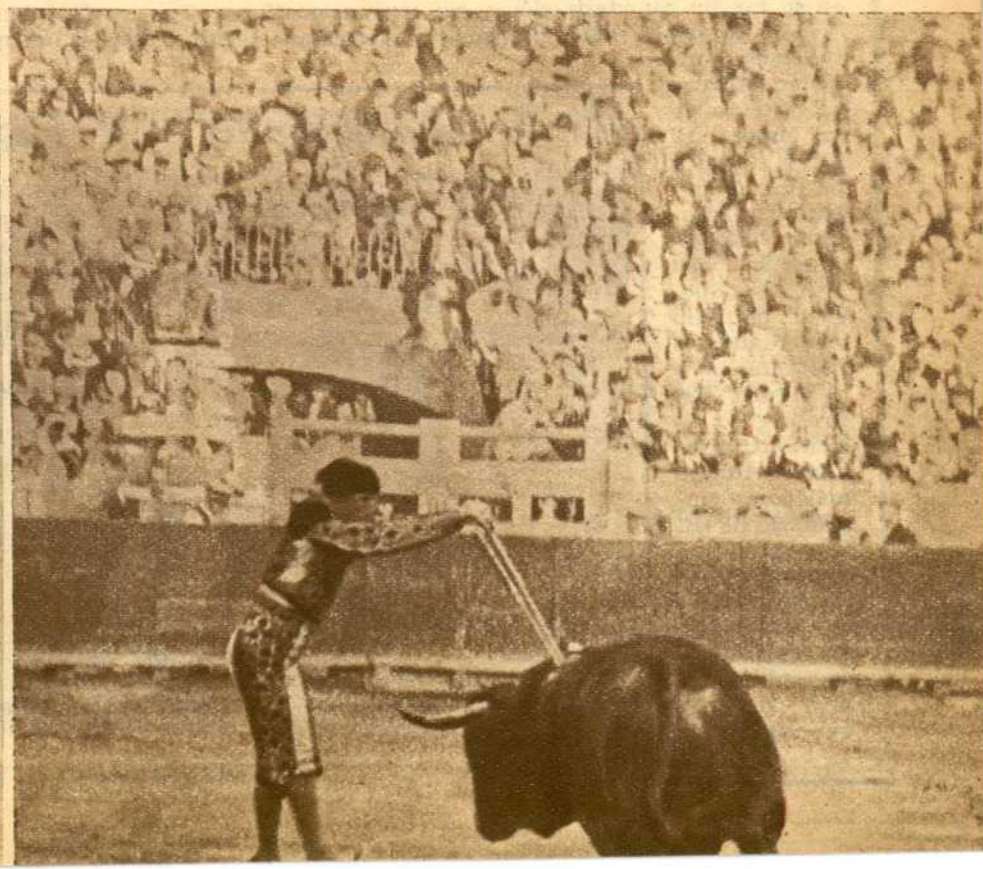
en que su fama llenaba de atractivos los carteles de toros...

Y así clava los rehiletes Mella, en esta época en la que los viejos aficionados tienen en él y en Magritas la muestra más rotunda de lo que fué en España el segundo tercio de la lidia...



Chaves Flórez torea con la mano derecha a su primero

Juan García remata con media verónica un quite a su primer toro



EL TOREO COMICO NO DA DINERO

Esto dice "Plomo Charlot", que lleva en los ruedos treinta y cuatro años, y, de ellos, veintiocho como torero bufo

En las temporadas de auge del "charlotismo", lo más que le quedaba a cada uno de estos toreros eran 1.000 ptas. por función

COMIENZO, POPULARIDAD Y EXTENSION DEL «CHARLOTISMO»

TREINTA y cuatro años lleva en los ruedos este torero que, con su caracterización de Charles Chaplin y su acrobacia valerosa y regocijante, ha divertido a tantos públicos y ha sostenido en las Plazas el tipo que a ellas trajera Carmelo Tusquelles.

Dos treinta y cuatro años que en los circos taurinos suma Antonio Bonafonte no son, sin embargo, de torero bufo. Cuando empezó a torear —año 1912— no había surgido el toreo cómico tal y como lo comenzaron a practicar los que se llamaban «Auténticos Charlots». Entonces, Antonio Bonafonte, con el sobrenombre de «Plomo», actuaba como novillero por las Plazas aragonesas. Así vivió hasta 1919, fecha en que el «charlotismo» empezó a tener popularidad y extensión. El novillero zaragozano se puso el hongo y el bigotito de Chaplin, se asoció a otro torero llamado Angel Urbano, que adoptó el nombre de «Lavisera», y con éste y con Demetrio Sancho en calidad de «Botones», formó una cuadrilla cómica. Así surgieron los «Charlots zaragozanos», que se dieron bríosamente a cultivar el «charlotismo» que había creado la iniciativa de Eduardo Pagés.

El éxito les fué propicio. Torearon mucho y siempre con aplauso. «Plomo Charlot» sostenía gallardamente, dentro de esa modalidad, su característica de lidiador que se dejaba pegar despreocupadamente por los astados; «Lavisera», con su serenidad arrogante, su chistera y su frac, lo secundaba con la mejor fortuna, y el «Botones» era un saltador extraordinario, que hacía muy buenos alardes de su agilidad y de su precisión en el brincar el trascuerno.

De esos tres toreros bufos, sólo uno queda en activo: «Plomo Charlot». El pobre Demetrio Sancho murió en lo mejor de su juventud. Angel Urbano se retiró hace cuatro años de esta clase de toreo; actuó después como subalterno y en la actualidad se da vida como temporero en las campañas de remolacha, de lino o de cáñamo.

—Y usted, Antonio Bonafonte, ¿piensa seguir mucho tiempo más en esta ruda tarea de divertir a las gentes, dejándose dar golpes por los becerros?

LOS HONORARIOS DE LOS TOREROS BUFOS

«Plomo Charlot» responde, con una plácida sonrisa en su faz sin caracterización y sin convencionalismo:

—No sé; no sé. Pero, hoy por hoy, tengo que seguir toreado para poder atender al sustento de mi familia. El toreo cómico no da dinero para hacer fortuna. Nisiquiera en la época de mayor apogeo permitió sumar ahorros bastantes para el futuro. Estoy seguro de que Dutrás ha hecho el dinero más como empresario de «El Empastre» que como «Llapisera». No obstante lo mucho que toreó aquella cuadrilla cómica, no creo que obtuviesen



«Plomo Charlot»

beneficios como los que hubieran podido alcanzar toreado en serio igual número de corridas.

—¿Qué cantidad ha sido la mayor que usted ha cobrado por una función?

—Entre los tres que entonces constituíamos la cuadrilla, cobramos el día de nuestra presentación 2.750 pesetas en total, cantidad de la que tuvimos que pagar todos los gastos. Y la vez que se nos abonó una cifra más alta fué en San Sebastián, donde Ucelayeta nos dió 4.000 pesetas para los tres.

—¿Llegaron a ganar cantidades más altas los «Auténticos Charlots»?

—No sé. Pero creo que, por lo general, no se repartían en cada función más de 1.000 pesetas cada uno, pues siempre, en el toreo cómico, han sido de cuenta nuestra los gastos de la actuación.

—¿Qué temporadas fueron para ustedes las más favorables?

—Del año 22 al 30. Hubo temporada en la que actuamos más de cincuenta veces. El año 28 fuimos a América, donde también toreamos bastante.

—¿Qué hizo usted cuando disolvieron la cuadrilla de Charlots Zaragozanos?

—Fuí con el «Bombero torero» y seguí con él cuando constituyó una banda musical.

—¿Y ahora?

—Tengo otros toreros cómicos conmigo. Yo sigo manteniendo el tipo de «Charlot», que es tanto como estar sosteniendo el «charlotismo».

—¿Y no se fatiga usted de sus veintiocho años de torero bufo?

—Sí. Pero...

VICTIMAS DEL TOREO COMICO

Pregunto luego a «Plomo Charlot» por el riesgo que representa esta clase de toreo.

El contesta:

—En esto de torear en broma puede tener muchos percances. Yo llevo todo mi cuerpo lleno de señales. En Bilbao, un becerro me dió una cornada que me tuvo mucho tiempo sin poder torear. Yo he sufrido hasta seis cogidas importantes. Y, aparte de ellas, me he visto con infinidad de golpes que no se han curado así como así.

Añade que también el toreo cómico tiene su nota trágica, y me recuerda la muerte, en Valencia, de Guerrita, un torero bufo al que un porrazo le costó la vida. Y agrega que, recientemente, en la Plaza de Barcelona, sufrió un grave percance otro de estos toreros, Ramper, el cual, como consecuencia de aquello, tiene que llevar en la cabeza un aparato ortopédico.

—¿No salen ustedes al redondel con el cuerpo forrado de guata?

—¡Bah! En esto se ha exagerado mucho. Comprenderá usted que pueden ser envarados los movimientos para una actuación que exige tan gran agilidad. Sería absurdo que saliéramos como los plcadores. Ahora bien; es natural que nos preservemos un poco contra los golpes o contra ese momento en que, sentados, nos dejamos arrastrar sujetos a la cola del becerro. Para esto llevo yo un pantalón de siete telas. Es toda la defensa, créalo usted.

Y dice también «Plomo Charlot»:

—Si el bicho nos da fuerte, no sirve demasiado la precaución de las siete telas. Ya le he dicho la gravedad que pueden tener los percances con un becerro. Y con

todo esto, el toreo cómico está mal pagado; tan mal pagado que, después de torear cientos y cientos de funciones, no se puede mirar con tranquilidad el porvenir, ni hay la esperanza de que otra modalidad del toreo nos logre compensar de esta triste experiencia del torear para divertir...

FERNANDO
CASTAN
PALOMAR



Una escena del toreo bufo en la época de mayor auge

POCOS tore-
ros hubo,
como Re-
verte, que hicie-
ran agotar a su
costa la enciclo-
pedia del elogio y enrique-
cieron la hipérbole con las
más señaladas aportacio-
nes. Antonio Reverte fué un
estupendo fulgor durante
un coto de tiempo que no
llegó a dos lustros; pero
aquel brillo ofreció, a ve-
ces, violentos contrastes
con algunos eclipses de la
guapeza que a dicho dies-
tro distinguía, los cuales
podrían parecer hijos de la
imaginación de cualquier
detractor suyo, si no exis-
tieran personas que fueron
testigos de ellos y se ente-
raron de las cosas elabora-
das en las profundidades
del taller histórico. Y digo
profundidades, porque
aquellas abdicaciones del
matador alcalaíno no tu-
vieron la publicidad que
abre camino a los comen-
tarios.

Si los aficionados de su
época le elevaron a la re-
gión céntrica y cantaron en
su prez coplas que se hi-
cieron popularísimas, tam-
poco se descuidaron en po-
ner aceite a las cerraduras
de las puertas secretas,
para que no rechinaran con
indiscreción; mas como al-
guna vez faltó la necesi-
dad diligencia en el engra-
se, no pudieron evitarse al-
gunos chirridos, de uno de
los cuales voy a dar cuen-
ta, al propio tiempo que
rememoro una de las ma-
yores broncas que en una
Plaza de Toros
se ha registrado.

¿Lugar de la
acción? Barcelo-
na. ¿Fecha? El
domingo día 10
de octubre del
año 1897. Gue-

rrita, Reverte y Bombita (Emilio) eran los
diestros encargados de dar muerte a seis to-
ros del marqués de Villamarta, en el ya des-
aparecido circo taurino de la Barceloneta, y
no hay que decir que aquel cartel de alto bor-
do hizo que se agotaran los billetes tres días
antes de la función, y que en dicha Plaza hu-
biera un lleno imponente. Las esperanzas pue-
stas en tal corrida eran tan grandes, que no
produjo expectación igual ninguna otra de las
celebradas aquel año en la capital catalana;
pero, como tantas veces ocurre, viniéronse aba-
jo estrepitosamente antes de terminarse el es-
pectáculo.

No fué porque los toros resultaran mansos,
ni porque los diestros estuvieran francamen-
te mal, sino porque se deslizó la fiesta por el
cauce de la vulgaridad más completa, sin una
nota de relieve, sin un episodio de esos que
caulivan a los espectadores y elevan el tono
de una corrida; y la frustración de las ilusio-
nes fué suficiente para que se desatara una
protesta violentísima.

A la salida del sexto toro comenzaron los
gritos, para recusarlo, y no porque fuera man-
so ni pequeño, sino porque de algún modo ha-
bía que exteriorizar el disgusto que se había
apoderado de todos en general. El público pe-
dió otro toro, a pesar de que el mencionado
tomó ocho varas, dió tres caídas y mató tres
cabalgaduras; y cuando salieron a parear Mo-

REVERTE Y EL TORO ROPERO



Reverte, ayudado por su mozo de
estoques, se viste para ir a la Plaza

corne, llamado
Roper, negro
entrepelado, lis-
tón, y de una
corpulencia bas-
tante mayor que

la de los otros, se le atra-
vesó a Reverte en cuanto lo
vió en los corrales, y, al
saber que le había corres-
pondido a él, formó el pro-
pósito de recurrir a alguna
treta para zafarse del com-
promiso.

No pasó inadvertido para
Guerrita el artificioso em-
beleco, y si pechó con la
muerte de un toro más, y el
de mayor tamaño, fué por-
que estaba convencido de
que cualquier litigio de in-
dole personal que promio-
viera habría de traducirse
desfavorablemente para él,
pues aunque era el maestro
por antonomasia, la figura
máxima del toreo, a cien
codos sobre los demás, Re-
verte, en cambio, era popu-
larísimo, como pocos tore-
ros lo fueron; disfrutaba
del favor del público, y ya
se encargaría éste de tergi-
versar los hechos, si salían
los mismos a la superficie.
El diestro cordobés tuvo
muchos disgustos de éstos
con Reverte, y, por la ra-
zón expuesta, no usó nun-
ca de triaca alguna para
remediarlos.

Ahora bien: tres días
después de aquella corrida
barcelonesa, tenía que to-
rear Reverte la primera de
la feria del Pilar, en Zara-
goza —precisamente con
Guerrita— y, como trans-
currido en tan
breve plazo hu-
biera sido dema-
siado de escoco
vestirse de lu-
ces, persistió en
su falacia y de-
jó de actuar en

las dos fechas que tenía ajustadas en la
capital de Aragón.

Todo cuanto pudiera ocurrir, lo tuvo en
cuenta Reverte antes de ir a la enfermería
de Barcelona, donde los médicos se hicie-
ron cómplices de su astucia, y después del
proceso cerebral a que sometió su mente,
prefirió perder las dos corridas de Zara-
goza antes que habérselas con el toro Ro-
pero.

¿Pesaba sobre éste en la ganadería algu-
na mala nota de la que Reverte se hallaba
enterado?

Actualmente no tendría que recurrir el
diestro de Alcalá del Río a tan vitupera-
ble superchería, pues siendo una primera
figura, podría exigir que torea se con él un
diestro más modesto, el cual, por disfru-
tar de su protección, se avendría de buen
grado a hacer en los lotes de uno y otro
el cambio que el protector le propusiera.

La locución latina "Qui pótess capere,
capiat", no puede venir más a pelo en la
presente ocasión.

DON VENTURA

En nuestro número próximo insertare-
mos un interesante original del toreo a
la portuguesa, debido al lápiz de nues-
tro colaborador en la capital lusitana
Martín Maqueda

Palos, pedradas, botellazos y otros excesos, en Barcelona

yano y el Pulga de Triana empezaron a caer
al ruedo algunos proyectiles. Guerrita trató de
aplacar a los protestantes, y se dispuso a ban-
derillar; pero hubo de desistir al ver que la
bronca adquiría mayor incremento, y al apa-
recer Bombita con muleta y estoque, arrojó
el escándalo todavía más, y algunas botellas
fueron a estrellarse a los pies del diestro.

Durante la faena, hecha con las precau-
ciones que exigía el caso, siguieron cayendo pie-
dras y recipientes de vidrio; dos de dichos bo-
tellazos alcanzaron a Emilio Torres, quien, al
entrar a matar, fué cogido por el brazo dere-
cho y volteado aparatadamente, aunque sin
consecuencias desagradables; se retiró del rue-
do; ordenóle el presidente que terminara con
la res de cualquier manera; cuando, al fin, lo
consiguió, hubo de ser protegido por los agen-
tes de la autoridad; Guerrita salió de la Plaza
bajo una lluvia de botellas, piedras y palos,
y, aunque fuera del circo dió una carga la
fuerza de caballería, no pudo evitarse que fue-
ran apedreados los coches de los toreros.

¿Y Reverte? Sin novedad. Luego de dar
muerte al segundo toro de la tarde, se retiró
a la enfermería —para no volver a salir—, con
el pretexto de que le dolía mucho un dedo de
la mano derecha y no podía agarrar el esto-
que. No se dictó parte facultativo; pero el caso
fué que Antonio se vió libre de estoquear al
quinto toro, que era lo que deseaba. Dicho bi-

EL viernes, día 4, se celebró en Ubeda la novillada de feria. Reses de Saturnino Angel Ligerio. José Parejo, aplausos y oreja. Julián Gómez, Sevillano, aplausos y aplausos. Francisco Gómez, Esparterito, oreja y oreja.

—En Corella. Gallito de Dos Hermanas, regular, y dos orejas y rabo.

—El sábado, día 5, hubo corrida de toros en Zafra y festival en Candeleda.

En Zafra. Un toro de Albarrán y seis de Pablo Romero. Domecq, oreja. Pepe Luis Vázquez, oreja, y dos orejas y rabo. Luis Miguel Dominguín, ovación y palmas. Pepín Martín Vázquez, dos orejas y rabo, y palmas.

En Candeleda. Festival a beneficio del Hospital. Cuatro becerros de Pedro Hernández. Pepe y Antonio Bienvenida, y los hermanos Morenito de Talavera, cortaron orejas y salieron en hombros.

—El domingo, día 7, hubo corridas de toros en Madrid y Barcelona, y varias novilladas.

En Madrid se lidiaron cuatro toros de Curro Chica, uno de Lorenzo Rodríguez y otro de Núñez. Pepe Bienvenida oyó aplausos por su labor como banderillero. En su primer toro estuvo habilitado, y en su segundo, desconfiado. Albaicín brindó la muerte del segundo a Cantinflas. Albaicín estuvo bien en el segundo y regular en el quinto. La tarde fué para Rafael Llorente, que cortó oreja en sus dos toros. Brindó la muerte del tercero a Parrita y la del sexto a Cantinflas. A los dos toros los muleteó por naturales y de pecho, y en el sexto se adornó temerariamente. A los dos los mató colosalmente. Cortó, como decimos, oreja en sus dos toros, y salió en hombros por la puerta grande. Cantinflas ocupó primeramente una barrera del tendido 9; pero fué tal la aglomeración de público a su alrededor que, antes de comenzar el espectáculo, se trasladó a un burladero del callejón. La medida no surtió efecto, y Cantinflas hubo de pasarse casi todo el tiempo que duró la corrida firmando tarjetas y dedicando autógrafos. Terminada la corrida salió protegido por la fuerza pública, para evitar que sus admiradores le molestaran.

—En Barcelona. Toros de Salvador Guardiola. Belmonte, ovación y ovación. Rovira, bien y regular. Luis Miguel Dominguín, que lidió los dos últimos toros, a consecuencia de haberse retrasado el avión en

Por España, Portugal y América



De entre los varios grupos que obtuvo Manzano, después del acto en honor de Morenito de Talavera, reproducimos este, en el que Emiliano aparece con el hijo de Rodolfo Gaona. (Foto Manzano)

Pocas corridas de toros en la semana.—Muchas novilladas, algunos festivales y tal cual festejo accidentado como el de Lorca.—Homenaje cariñoso a Morenito de Talavera

que viajaba, fué aplaudido en esos dos toros.

—En Hellín. Novillos de doña Carmen de Federico. Manuel Navarro, aplausos y oreja. Juan Bienvenida, dos orejas, y dos orejas, rabo y pata. Torrecilla, palmas y palmas.

—En Lorca. Novillos de Mariano García. Morante de los Reyes fué cogido por el primero, y aunque no sufrió lesiones graves no pudo continuar la lidia. Niño de Caravaca, dos avisos en el primero, vuelta al ruedo en el segundo y palmas en el tercero. El cuarto saltó cinco veces al callejón, y allí le fueron puestos cuatro pares de banderillas y fué apuntillado. Los toreros fueron detenidos.

—En Sevilla. Novillos de Sánchez Cobaleda. Francisco Roldán, regular y mal. Antonio Cha-

ves, ovación y silencio. Juan García, bien y un aviso.

—En Pamplona. Festival. Novillos de Marcelino Rodríguez. Paco Casado, Julián Marín y Pepe Dominguín cortaron oreja. Toscano, Pepe Palacio y Paco Rodríguez, aplaudidos.

—En Caravaca. Novillos de Ignacio Cobaleda. Marimén Cíamar, aplausos. Antonio Caro, dos orejas y vuelta, y dos vueltas. Alfonso del Toro, ovación y ovación. Pedrín Moreno, ovación y dos orejas.

—En Vista Alegre. Festival. El duque de Pinohermoso, vuelta. Félix Colomo, dos orejas. Domingo Dominguín, ovación. Angel Luis Bienvenida, dos orejas y rabo.

—En Ciudad Real. Novillos del conde de las Navas. Angel Soria, dos orejas y ovación. Manuel de los Reyes, aplausos y ovación.

—En San Fernando. Novillos de Salas. Rafael Ortega, oreja y palmas. Cervera, ovación y ovación. Niño de la Palma Chico, palmas y palmas.

—En Marchena. Festival. Novillos de Calderón, Domecq, Concha y Sierra y Salas. Rejonearon los señores Cova y Concha y Sierra, y mataron Domecq y Salas. Todos fueron aplaudidos.

—En Algemesí. Novillos de Ortega. Honrubia, ovación, y orejas y rabo. Gaspar Jiménez, vuelta y bien.

—En Villafranca de Xira (Portugal). Primera de feria. Toros de Samuel Santos Jorge. Los rejoneadores Simao da Veiga y José Casimiro, bien. Simao dió la vuelta al ruedo. Gregorio García y Diamantino Vizéu, aplaudidos.

—En Méjico, capital, alternaron los novilleros mejicanos Tomás Ordóñez, Joselillo y Fernando López. Ordóñez, regular en el primero, fué cogido por el cuarto y sufrió conmoción cerebral. Joselillo, bien y muy mal. Fernando López, aplausos y silencio.

—El lunes, día 7, se celebró un festival benéfico en Escalona (Toledo). El duque de Pinohermoso rejoneó y toreó a un becerro, del que cortó las dos orejas y el rabo. Domingo Dominguín cortó las dos orejas y el rabo de su novillo. Pepe Dominguín,

dos orejas y rabo, y Luis Miguel Dominguín, dos orejas, rabo y pata.

—El martes, día 8, se celebró un homenaje a Morenito de Talavera, que en breve emprenderá su viaje a América. Al acto asistió un gran número de amigos del popular matador.—B. B.

BLNOCOL

Protege al hombre

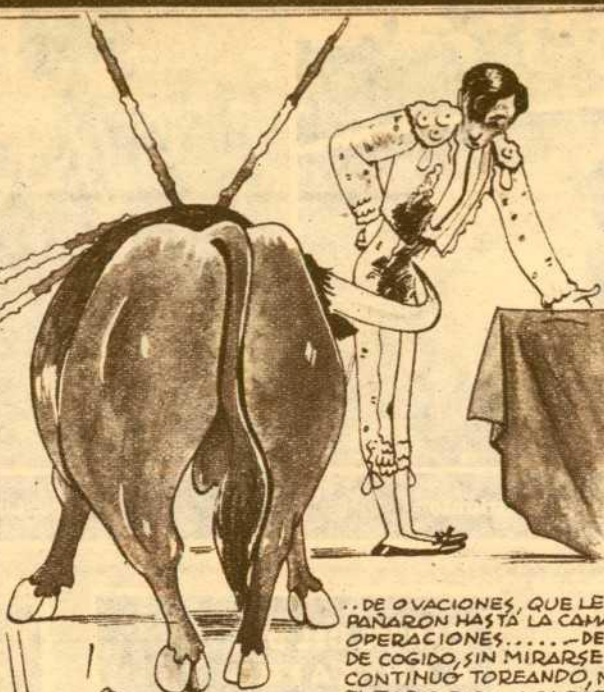
BLNOCOL es un producto registrado; rechace todo profiláctico que no lleve la marca BLNOCOL



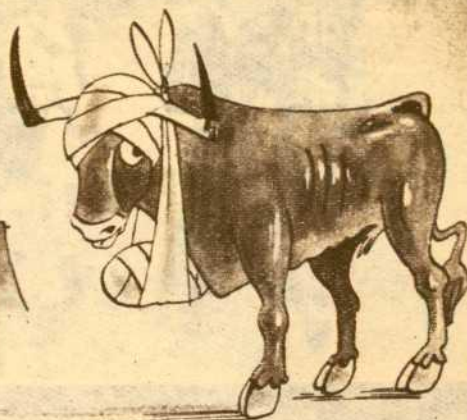
DE LA CORRIDA DEL MONTEPIO



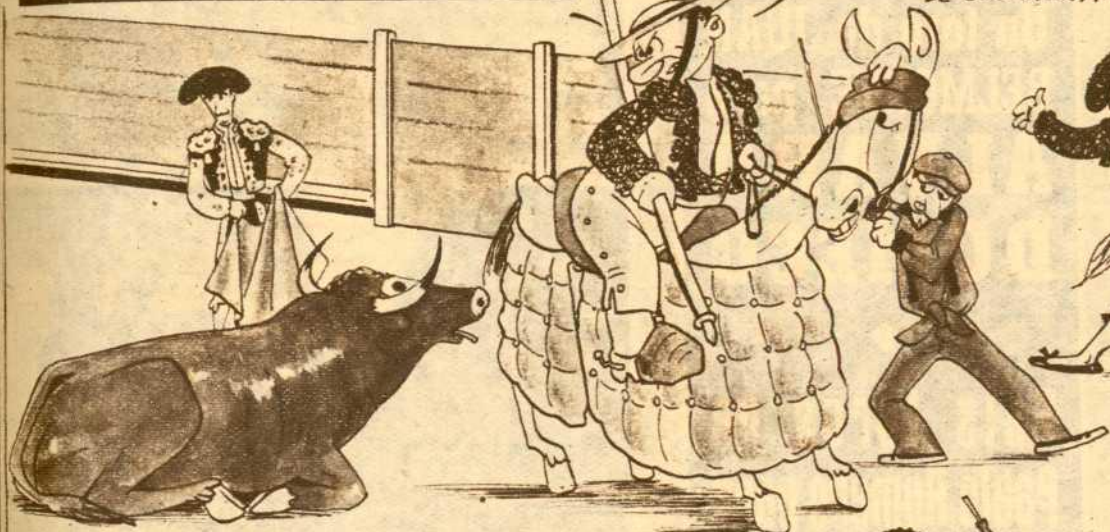
Y FUE EL GESTO VALEROSO, LLE-
NO DE PUNDONOR, DEL CABALLERO
CARLOS ARRUZA, EL QUE ELEVO
LA CORRIDA... ASÍ SALIÓ ARRUZA DEL RUEDO,
CON DIRECCIÓN A LA ENFERMERÍA, EN BRAZOS
DE ASOCIADOS AL MONTEPIO... SU PIERNAS, OFRE-
CIDA A LA RES PARTIDA DE UNA CORNADA; MOS-
TRANXO LAS OREJAS GANADAS, Y EN LOS LABIOS,
UNA SONRISA DE CORRESPONDENCIA AL CLAMOR.



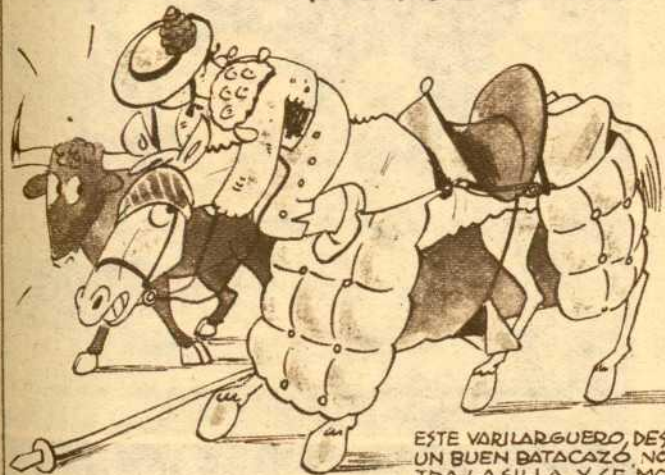
...DE OVACIONES, QUE LE ACOM-
PAÑARON HASTA LA CAMA DE
OPERACIONES... DESPUES
DE COGIDO, SIN MIRARSE SIQUIERA,
CONTINUO TOREANDO, METIDO EN
EL TORO PARA ACABAR CON EL,
DE UNA MAGISTRAL ESTOCADA.



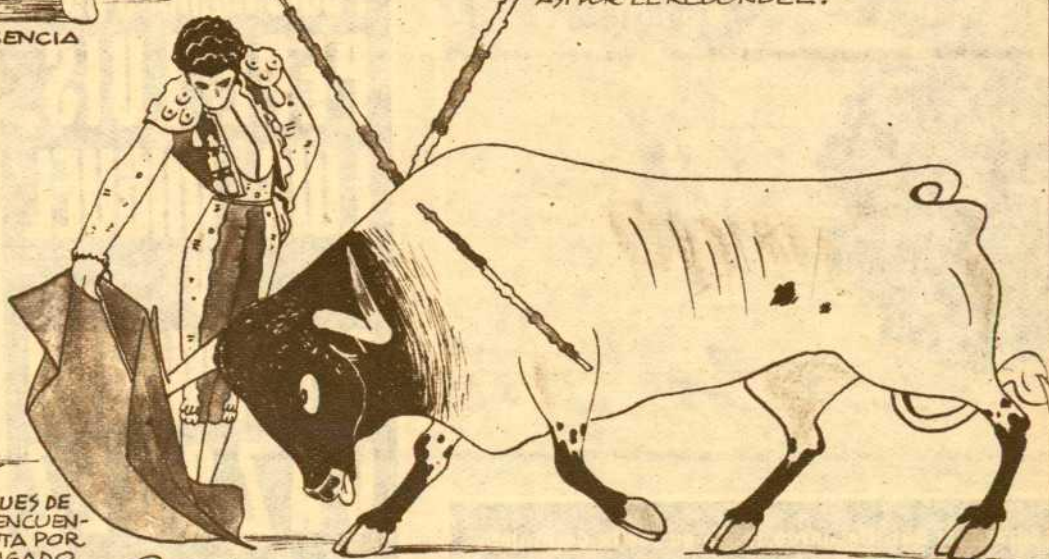
LOS TOROS DIERON EL TRASTE
CON LA ESPECTACIÓN DESPER-
TADA POR LA CORRIDA... MAN-
SOS, SIN ESTILO, Y TODOS LISIA-
DOS Y BLANDOS DE REMOS, AL-
GUNO HUBO QUE SE DERRUM-
BO ANTES DE QUE LO PICARAN.



...ASUSTADO SIN DUDA, POR LA SOLA PRESENCIA
DEL PIQUERO SOBRE EL JAMELGO.



ESTE VARILARGUERO, DESPUES DE
UN BUEN BATACAZO, NO ENCUEN-
TRA LA SILLA, Y SE MONTA POR
EL CUELLO DEL DERRENGADO
PENCO... MENOS MAL QUE EL
TORO NO HIZO MUCHO CASO...



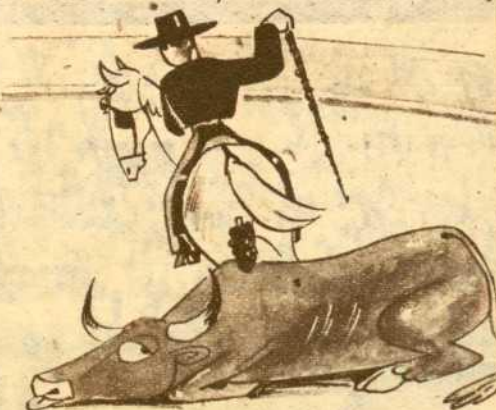
¡ASÍ DE LARGO ERA EL CUARTO TORO - UN SUSTITUTO DE SOTO - QUE
TOREO MUY VALIENTE, Y MUY EN TORERO, CURRO CARO!... ¡QUE
BUEN TORERO ES ESTE MADRILEÑO AL QUE LOS MADRILEÑOS
NO VEMOS HACE TIEMPO EN LOS CARTELES DE MADRID!
CURRO TUVO UNA BUENA TARDE, Y MATÓ COLOSALMENTE



BRILLANTE CONFIRMACIÓN LA DE "VITO"! VUELTA AL RUEDO
EN EL DEL DOCTORADO, Y DERROCHE DE ARTE, VALOR, Y
GRACIA TORERA EN EL ÚLTIMO, DEL QUE NO SE LLEVÓ LA
OREJA POR NO TENER SUERTE CON EL ACERO.



EL PRIMER SUSTO DE LA TARDE NOS LE PRO-
PORCIONO ESTE PICADOR, QUE QUEDO BAJO
EL CABALLO DURANTE VARIOS SEGUNDOS. LA
COISA NO PASO DEL SUSTO...



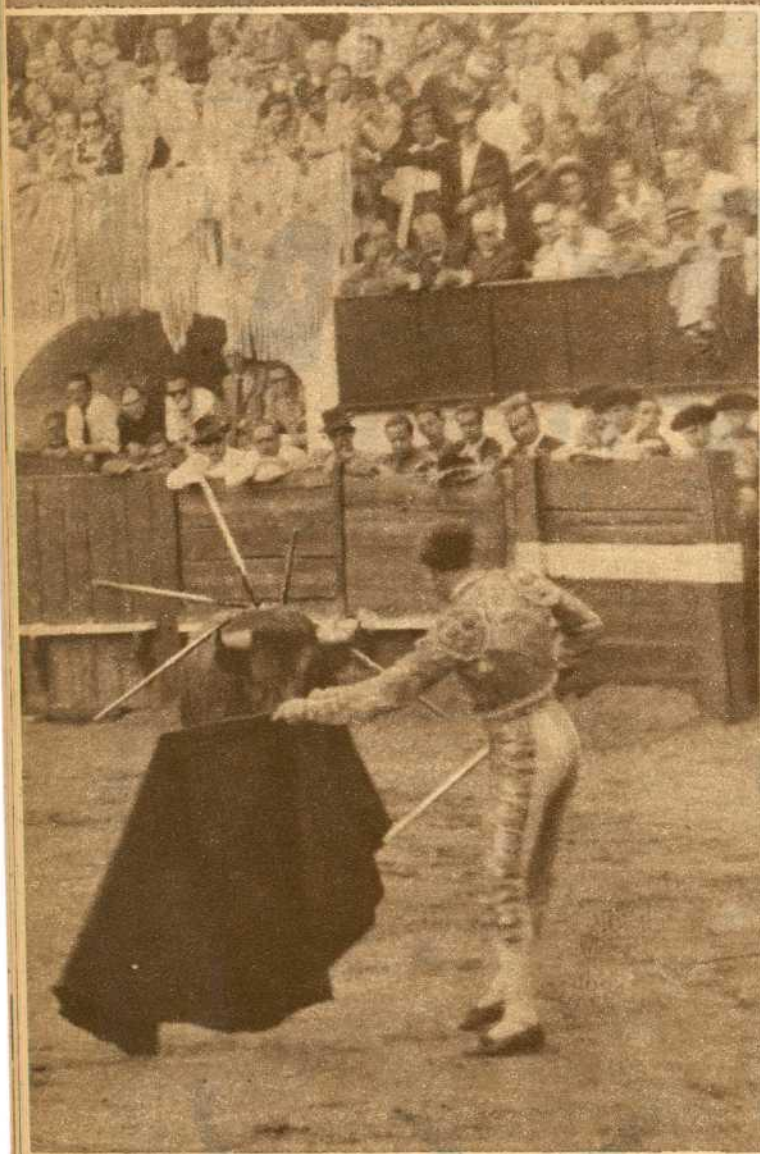
PEPE ANASTASIO NO PUDO LUCIR SU ARTE YA
QUE AL PRIMER REJÓN DOBLÓ SU MANO
Y BLANDO ENEMIGO... OYÓ PALMAS, ESOSÍ.



El caballista jerezano recorre el ruedo en triunfo



Pepe Luis torea con el capote al primero

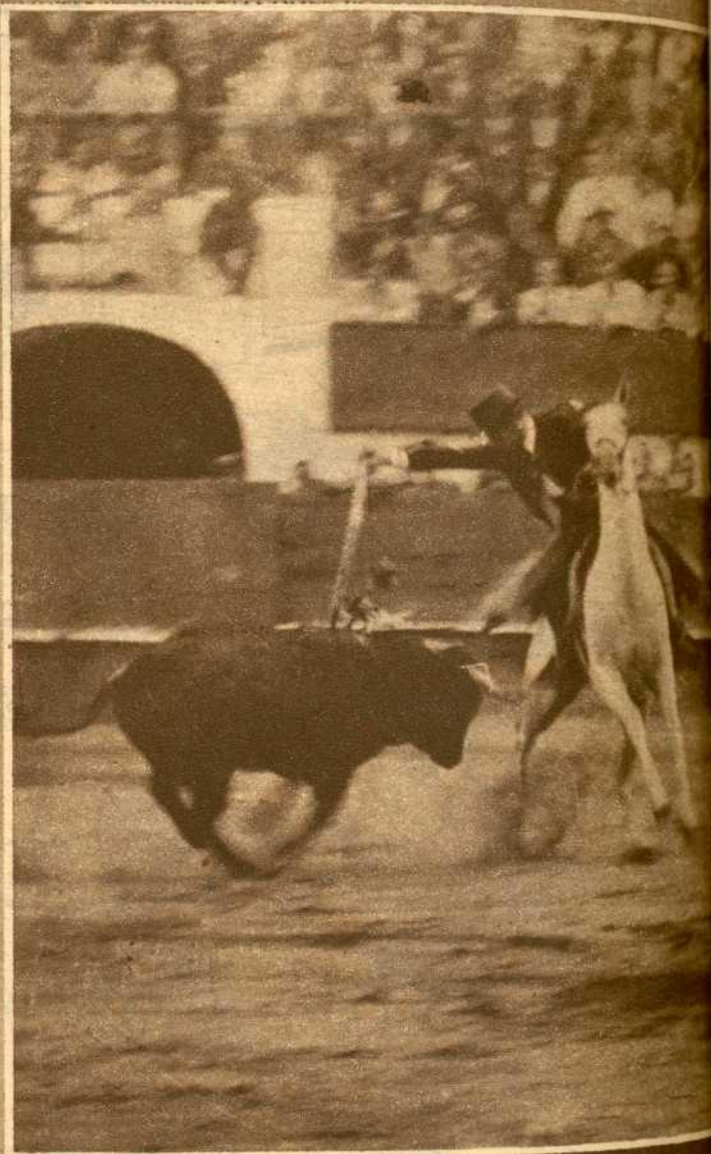


El torero de San Bernardo inicia su faena de muleta

CARTEL DEL DIA
5 EN ZAFRA

Un toro de JUAN
BELMONTE para
**ALVARO
DOMECO**

Seis toros de
Pablo Romero para
**PEPE LUIS,
LUIS MIGUEL
y
PEPIN MARTIN
VAZQUEZ**



Alvaro Domecq banderillea al toro de rejones

Luis Miguel en un gran muletazo con la derecha



Un buen muletazo por alto de Pepin Martín Vázquez (Fotos Paf.)





VAAVEDRA



Cogida.

Dibujo de Perea.